



*Comandos liberales en la Guerra Civil de los Mil Días.*

gobierno. Como si el cielo de los católicos a principios del siglo XX estuviera dividido en partidarios y enemigos de don Manuel Marroquín. «La república cristiana» fue la divisa adoptada por muchos militares, y no era un secreto que los revolucionarios luchaban por derrocar un régimen político, pero nunca en contra de las doctrinas de la Iglesia Católica.

Vencido el general Uribe Uribe en San Vicente de Chucurí, pasó a las llanuras de Bolívar con intención de abrirse camino a través de las guerrillas conservadoras y reunirse en algún lugar del río Magdalena, cercano de Mompós, con el general Justo L. Durán. Después de un largo y sangriento combate ocupó a Magangué, y como no pudiera permanecer allí sin recursos, perdida la esperanza de recibir los elementos ofrecidos, convencido del fracaso irremediable de esa campaña, en situación apurada, abandonó la población el 16 de octubre. El desenlace no se hizo esperar. Ospina le seguía de cerca, y el 27 de noviembre de 1900 –dueño de Corozal– encontró la siguiente carta de su adversario:

«Estimado Pedro Nel:

Conveniencias de guerra me aconsejan cederte a Corozal. Ahí te lo dejo con sus fiebres, su hambre y su aspecto antipático. Como la cesión es voluntaria y hasta gratuita, no vayas a escribir sobre ella un parte grandilocuente Y “tonitruante”. No hay que tartarinizar.

Por no dejar ociosos a mis soldados, por ejercitarlos en construir fortificaciones, por meter algo de miedo a lo lejos sobre mi resolución de “defender la plaza o morir sobre sus ruinas”, me entretuve en arreglarla como para resistir de veras, pero sin haber tenido nunca el ánimo de hacerlo. Tiene todavía la Revolución mucho horizonte y mucho porvenir para encerrarse en cualquier cascarón de pueblo, sólo por el qué dirán.

Ten cuidado de los heridos y enfermos conservadores de que me hice cargo por la capitulación, mejor que si hubieran sido liberales. Puede que algunos se quejen, por lo descontentadizos, pero tengo atestaciones de ellos mismos, que comprueban mi buen manejo. No hago mérito de ello sino para exigirte la reciprocidad. Aquí y en Sincelejo quedan algunos de los míos, incapacitados para seguirme: te los recomiendo, en la seguridad de que los dejo bajo la protección de un caballero y de un cristiano.

A propósito: me complace tenerte por contrincante. Entre los dos no perderemos esfuerzo por civilizar la guerra. Estamos guerreando en tierra que no es precisamente la nuestra, y donde debemos procurar dejar un buen recuerdo. Somos padres de familia, vamos tirando ya para viejos, y tenemos reputación qué cuidar: otros tantos motivos para tratar de distinguimos del

vulgo de los perseguidores fanáticos. En cuanto a mí, jamás la condición de conservador o de adversario me ha impedido ver detrás la del colombiano, es decir, la de compatriota.

Celebraré que tengas buenas noticias de Carolina y tus muchachos. ¡Feliz tú, que puedes comunicarte con ellos! En catorce meses de campaña, apenas he sabido tres veces de casa.

Tu condiscípulo y amigo: *Rafael Uribe Uribe*». <sup>4</sup>

Diciembre fue el mes afortunado para el gobierno. El general Uribe, sin hombres y sin armas, de paso por Riohacha, se internó en Venezuela. El generalísimo Vargas Santos quería contentar a Herrera y a Durán; derrotado el general Cesáreo Pulido en Cundinamarca y el Negro Marín en el Tolima, los guerrilleros perdían su fe. El gobierno parecía victorioso en todo el país. El 4 de diciembre, a inmediaciones de Pacho, vino a morir el doctor Aquileo Parra afligido por los insultos de sus antiguos copartidarios, que no le perdonaron su repugnancia a sancionar la revolución.

«Una banda de guerrilleros haraposos y adustos —dice don Tomás Rueda Vargas— olvidando resentimientos bajó de los cerros; envolvió el féretro en una bandera roja y tributó al magnánimo presidente del 76 los postreros honores». Eso fue todo.

El 1º de enero de 1901 don José Manuel Marroquín, en frases desencantadas, saludó la aparición del nuevo siglo.

«Ambición desapoderada, codicia insaciable, rencores insanos, la difamación, la calumnia, la envidia, la vil intriga, han confundido y borrado todas las nociones de autoridad y del gobierno, han convertido la política en plaga asoladora, han envilecido los caracteres, han inundado en sangre y lágrimas y cubierto de osamentas nuestros campos, han hecho venir sobre nuestras poblaciones la peste y la miseria, cortejo que nunca ha tallado a nuestras guerras intestinas. Pasiones desencadenadas y crasos errores que le han acarreado a Colombia crueles desdichas, que ninguno de vosotros ignora, ruina que a todos alcanza e ignominias que nos hacen repudiar el nombre de colombianos, si fuere dable que hijos bien nacidos renegaran de la madre en cuyo seno han recibido el ser». <sup>5</sup>

Párrafos admirables, expresión dolorosa de amargo y fundado escepticismo; prosa rica de pensamiento por desgracia insuficiente para

---

4) Uribe Uribe. Documentos militares y políticos, 156.

5) Diario Oficial, número 11.309.

remediar lo irremediable. Y quince días después la camarilla del palacio lanzó sobre el territorio de Colombia las furias de su rencor profundo.

«El vicepresidente de la república, etc., *Considerando*: Que los rebeldes no cuentan en el territorio de la república con ningún ejército regular, y que sólo tienen guerrillas incapaces de presentar batallas formales; que esas guerrillas viven actualmente del merodeo, arruinando la riqueza particular y pública, y están incapacitadas para triunfar sobre el gobierno y las instituciones; que esas fuerzas irregulares se deniegan a someterse al gobierno, no por el convencimiento que tengan de su propia fuerza, sino en virtud de las noticias falsas con que las alimentan los revolucionarios urbanos; y finalmente, que conforme a las leyes el gobierno tiene facultad para vivir de los bienes de los enemigos situados en el territorio que ocupen sus fuerzas, *Decreta*: Artículo 1º Los ejércitos del gobierno que ocupen las provincias sublevadas, vivirán en ellas de los bienes de los desafectos al gobierno; 2º Los jefes de guerrillas que dentro de treinta días no depongan las armas y continúen sosteniendo sus fuerzas con empréstitos y expropiaciones o con cualquier otra clase de expoliaciones, serán considerados como autores de robo en cuadrilla de malhechores; 3º Los que por medio de impresos, cartas, postas, o de cualquiera manera propalen noticias falsas, que tiendan a hacer persistir a los rebeldes en su actitud hostil, o los auxilien con recursos de cualquiera especie, serán reducidos a prisión, que sufrirán en las cárceles de Cartagena por el término que dure el estado de guerra».<sup>6</sup>

Las amenazas no rindieron a los guerrilleros. Con este decreto y los atropellos ejecutados en todo el país, por funcionarios ariscos y violentos, el gobierno del señor Marroquín difundió la revolución. Don José Manuel odiaba la guerra y la política; como hadas maléficas le condujeron de la mano atormentando su espíritu de hombre antaño feliz.

## X LOCURAS

Mil novecientos uno fue el año de los guerrilleros. Marín y Tulio Varón por el yermo cálido, sin gota de agua, áspero y de color ceniciento, corrieron su tropa con ruido de estribos y machetes, sonar de clarines, gritos de triunfo, rastro de muerte, disparos y persecución de vencidos. Su enemigos —Nicolás Perdomo y Toribio Rivera— persiguiéronles de un extremo a otro del llano, por en medio de los escondrijos de la montaña, cerca de las aguas del Magdalena, desvelados en su propósito de atacarles en combate singular.

---

6) Diario Oficial, número 11.401.

En el escenario del Tolima la guerra adquirió caracteres de combate primitivo, de cruel y desaforado encarnizamiento, de egoísmo feroz, de invariable anhelo de matar, quemar, violar, que presupone nervios de acero y obstinada decisión de vencer. Allí no se despedazaron los hombres en defensa de una idea abstracta o de una doctrina política; allí la guerra se hizo para salvar el pellejo. Era el regreso a la prehistoria. En los pajonales de Flandes, en el campo de «La Rusia», a orillas del Coello, en los aledaños de Girardot o en las cercanías de Ibagué, el subir y bajar de los machetes, el olor de la pólvora, las blasfemias y los cantos, hasta las varas que sirvieron para ahorcar a los espías, dominaron la mente de los guerreros con su leyenda trágica, empujándoles en su macabro desafío con arrestos de audacia, que sólo se hallan en los relatos de la conquista española.

Sobresale por encima de sus émulos y de sus compañeros Tulio Varón, que a su firmeza de carácter unía ponderada astucia. Creció en medio de las faenas propias al trabajo de los campos, al aire libre, conociendo desde la infancia el rodeo del ganado, las ilusiones de la siembra, los tropiezos y afanes de la vida campesina, que fortalece el espíritu y endurece la voluntad.

Por las condiciones de su genio intrépido fue el jefe de los guerrillellos tolimenses; pesadilla del gobierno, ídolo de sus soldados, admirado y seguido de lejos por las mujeres pendientes de esa existencia aventurera. Poseía el don de mandar; era de pocas letras. Mostró insuperable diligencia en la organización de sus guerrillas, nunca superiores a quinientos hombres, y fue el machete el arma que escogió para vender cara su vida y cobrar la del enemigo. La Columna Ibagué fue su sombra; los macheteros del «Conto» sus vengadores. Una y otros escribieron páginas de tremenda grandeza en la historia de 1901.

Tulio Varón había conocido la pena de la sed y el hambre en otras guerras; no era un principiante. Al lanzarse a la revolución del 99 Cenón Figueredo antes de morir le nombró general. Después no tuvo sino un pensamiento: combatir a los conservadores, ahogarles entre la malla afilada de sus machetes, bien parada la hoja sobre los cráneos peludos de los reclutas gobiernistas. Un hombre así no se rinde ante amenazas más o menos efectivas. Inteligente como era, no habría rechazado un convenio amigable, de igual a igual, sin intenciones ni cláusulas secretas; acuerdo que hubiera permitido la pacificación del Tolima por medio de procedimientos menos bárbaros que aquellos empleados más tarde. A un hombre como Tulio Varón, para quien el miedo es una palabra sin sentido, no se le amedrenta como a un chiquillo. No lo creyeron así en Bogotá, y como el decreto del 14 de

enero no había servido para vencer a los guerrilleros, el 18 de febrero el vicepresidente jugó el todo por el todo.

El vicepresidente de la república, etc., *Considerando:* Que muchos individuos prevalecidos de la condición de guerrilleros rebeldes, cometen delitos graves, y que es necesario el inmediato castigo de éstos, para que se produzca un saludable escarmiento, *Decreta:* Serán juzgados por medio de consejos de guerra verbales los siguientes delitos cometidos por individuos que se hallaren en armas contra el gobierno: el incendio, de cualquiera especie; el asalto en cuadrilla de malhechores; el homicidio, cualquiera que sea su naturaleza; el robo; las heridas que causen mutilación de algún miembro importante; los maltratamientos que se cometan contra los templos destinados al culto católico; la fuerza y violencia contra las mujeres; y los daños en las propiedades ajenas. Contra las sentencias que dicten dichos consejos de guerra no habrá lugar a recurso alguno, pero si la sentencia impusiere la pena capital se consultará con el jefe civil y militar del respectivo departamento, quien decidirá la consulta en el perentorio plazo de 48 horas».<sup>7</sup>

Era la guerra a muerte. Sonaron los clarines al toque de degüello y a su sonido ronco prendió en el corazón de los guerrilleros el impulso loco de incendiar el yermo. Como una herida negra, ancha y sangrante quedó el rastro de su ferocidad en la llanura tolimense; el decreto anterior les asimilaba a cuadrilla de malhechores; éste ordenaba fusilarles. En los caseríos, en las hondonadas y barrancos, en los cerros que limitan el horizonte de Ibagué, la guerra tuvo desde tal minuto ese aditamento pasional y morboso, que trae consigo la amenaza de morir en la horca o frente de un pelotón contra una pared.



Debilitada en extremo la amistad política, que por largo tiempo mantuvo unidos al señor Marroquín y al doctor Martínez Silva, éste marchó finalmente a Washington en calidad de ministro plenipotenciario de Colombia. Los heraldos del régimen guardaron silencio sobre la ruptura de los jefes. Diferencias de Juicio y de procedimientos arruinaron esta amistad, hasta quedar don Carlos en las filas de la oposición y don José Manuel en palacio de la calle 12.

Llamó el gobierno en su auxilio a un grupo de hombres jóvenes, nuevos, devotos y piadosos, partidarios de las medidas violentas y de la guerra a

---

7) La Opinión. Febrero 18 de 1901.

muerte. Los viejos compañeros, incomodados por la presencia de esta juventud ruidosa, desfilaron frente a las risas burlonas de sus perseguidores, y a la señalada algarabía de los nacionalistas, satisfechos al presenciar la hora de su venganza. Escribió don Carlos Martínez; sus cartas se contestaron sin haber caso de sus palabras.

«Mi muy querido y respetado don Manuel:

El 31 de julio lo hicimos nosotros para la paz. La revolución estaba materialmente muerta; sólo faltaba vencerla moralmente poniendo al frente de los destinos de la nación un gobierno honrado y justiciero, que supiera apreciar lo que había de fundado en el alzamiento liberal y diera prendas de corregir viejas iniquidades. La capital en masa lo entendió así con seguro instinto; y el 1° de agosto por la mañana fue aquello una explosión general de alivio y de contento, sin distinción de liberales y conservadores. Pero aquel entusiasmo recibió algo así como una ducha helada tan pronto como se supo el nombramiento de Fernández, que a todos nos cogió de sorpresa.

Por obra de Fernández, el panóptico no se abrió para tantos infelices que allí gemían olvidados, muchos por obra de infundadas sospechas, de ruines delaciones, muchos sin motivo alguno, y otros tantos, pobres soldados prisioneros de guerra, que no tenían ni significación política ni mayor responsabilidad. Por el contrario, las prisiones aumentaron sin regla ni discriminación; y con estupor se supo qué cosa era el panóptico, y cómo estaban allí hacinados los presos. Allí se llevó al doctor Manuel Antonio Angel, que era de los más entusiastas por el movimiento y había manifestado estar pronto a contribuir con sus dineros en apoyo del nuevo gobierno; y a usted le constan –porque le di la prueba material– las infames tretas urdidas para comprometer y perseguir a Santiago Samper, el más pacífico de los pacíficos, y uno de los hombres más útiles al país.

Las capitulaciones bonrosas con los rebeldes se hicieron imposibles, y el encono llevó nuevos elementos a las guerrillas. Aún así, algunos manifestaron el deseo de deponer las armas, como Antonio Samper Uribe; hizo una manifestación muy explícita en contra de sus mismos compañeros, que le tenían harto decepcionado; por el voto unánime de usted y del consejo de ministros se le ofreció el salvoconducto que pedía; y después de haber sido éste extendido en la forma solicitada y pactada, Fernández declaró que no lo respetaría y que tan pronto como Samper se presentara en Bogotá le impondría un fuerte empréstito y lo reduciría al panóptico; y se dio la orden al ministro de guerra para anular el salvoconducto. Después de estos hechos y de otros muchos que sería interminable recordar, ¿qué términos

honrosos se les podía ofrecer a los rebeldes que sabían lo que se les esperaba tan pronto como depusieran las armas y abandonaran los montes?

Y como por donde salta la cabra salta el cabrito, lo que Fernández hacía en Bogotá lo copiaban —con la natural violencia que produce la falta de sanción en poblaciones pequeñas— sus prefectos en casi todas las provincias; todo lo cual ayudó a llevar nuevos auxiliares a las guerrillas».<sup>8</sup>

Estas frases desprovistas de alardes retóricos se recibieron con notorio desagrado. Mal podía rechazarse el testimonio de su autor, porque él —en el consejo de ministros— presenció aquella hora en que el gabinete ejecutivo inclinó la cabeza en acatamiento de singulares exigencias del general Fernández.

Las palabras del doctor Martínez Silva tenían la enorme sinceridad de la desilusión. Nadie desfigura la verdad cuando se llega a ese estado de abatimiento, cuando nada se espera, cuando al empuje de vida sucede total abandono, que no es cobardía sino fatal desengaño. A igual que los profetas bíblicos predicaba a sordos. El demonio de la guerra dueño del porvenir colombiano era invencible. La paz una ilusión remota. En los llanos de Ibagué los guerrilleros defendían la libertad de pensamiento a machetazos; a tiempo que los reaccionarios de Bogotá clasificaban a sus contemporáneos en dos categorías; los buenos y los malos. Creíanse exponentes de virtud, pero no tuvieron la franqueza de Louis Veuillot al dirigirse a los liberales de Francia. «Os reclamamos derechos cuando estáis en el poder, porque ese es vuestro programa; os los negamos cuando somos gobierno, porque esa es nuestra doctrina».

Como si estos factores no fueran suficientes, a su vez la pésima situación económica fue causa determinante de congojas. En junio de 1901 el papel moneda desvalorizado sistemáticamente perdió su atractivo como signo de cambio internacional; los dólares se cotizaron en teoría al 3.000%. Entonces los hombres del gobierno, impotentes para salir del atolladero en que se hallaban, adoptaron recursos artificiales de eficacia dudosa; en lugar de suspender las emisiones sin respaldo negaron el hecho.

El 2 de julio el vicepresidente nombró al doctor José Vicente Concha, jefe civil y militar de Cundinamarca. Fernández cayó en desgracia. El doctor Concha aceptó el cargo en la creencia que las medidas enérgicas eran necesarias y convenientes; la revolución había producido este fenómeno:

---

8) L. Martínez Delgado. A propósito de D. Carlos Martínez Silva, 398.



convertir a los hombres moderados en partidarios de los sistemas de mano fuerte. Dos resoluciones de los empleados inmediatos al gobernador, en menos de cuarenta y ocho horas anunciaron a los bogotanos su propósito de debelar toda resistencia.

«Los propietarios de bestias y ganados están en obligación de denunciar ante el jefe civil y y militar de la provincia, su existencia. En tales denuncias debe constar el número de bestias y ganados; el lugar o predio donde se hallen; la marca que tengan y el compromiso que contrae el denunciante de suministrar para el uso del gobierno los semovientes que se le pidan por las autoridades. Quienes se abstengan de cumplir con esta obligación, quedarán sujetos a la expropiación de los semovientes que les pertenecen. —*El jefe civil de Bogotá*».

«Desde la fecha de la presente resolución —julio 5— todas las personas que viajen por los ferrocarriles y los que por cualquiera otra vía tengan que salir de la ciudad, deben ir provistos de los respectivos pasaportes. Restablécese la “quedada” en la ciudad de Bogotá. En consecuencia no podrán transitar después de las 8 p. m. sino los militares en servicio y los empleados que estén provistos de las licencias correspondientes. El secretario de gobierno de Cundinamarca. *R. Urdaneta*».<sup>9</sup>

El 13 de julio el doctor Concha (*ilegible*) de la guerra. Fernández era indispensable.

El combate de «La Rusia» espanta en su realismo. Acosado Tulio Varón por las tropas del general Perdomo, por los célebres «tímbicos» del general Rivera, por destacamentos del famoso batallón «Briceño» y las guerrillas conservadoras de Aguilar decidió romper el cerco, y según sus propias palabras «colarse en el gallinero; matar algunas gallinas y escapar de carrera».

En la madrugada del 31 de agosto de 1901, a tiro de fusil de las tropas gobiernistas el jefe revolucionario a media voz, con cautela y sagacidad propias de su astucia, apagados los cigarrillos, distribuyó las guerrillas con orden de andar ligero. El escuadrón «Rosas» caería sobre Aguilar; el «Conto» sobre la casa de «La Rusia»; el «Ricaurte» sobre los soldados del «Briceño». La noche estaba en silencio. A eso de las tres una descarga cerrada hecha a quemarropa despertó a los centinelas conservadores, que entre quejidos de muerte dieron la voz de alarma. La lucha comenzó cuerpo a cuerpo y los machetes con su sonido peculiar anunciaron a los

---

9) La Opinión. Julio 10 de 1901.

desprevenidos su trágico fin. Los guerrilleros de Varón, desnudo el brazo izquierdo para reconocerse mutuamente, descargaban sus golpes con precisión matemática, salpicando de sangre y de materia orgánica sus mismos rostros, que a la luz de las hogueras simulaban rostros de piedra de antiguos dioses sanguinarios. Fue una carnicería horrenda. Por espacio de una hora no se oyó ruido diferente, de ese macabro de los machetes al chocar contra los huesos. Empujados por último por las tropas del gobierno –repuestas de su asombro– los escuadrones revolucionarios retrocedieron ante el número creciente de adversarios. El caudillo cumplió su promesa; muertas las gallinas escurrió el bulto.

Por los senderos ya iluminados a los albores del amanecer, emprendieron huída los jinetes de la Columna Ibagué. En el llano y a las puertas de la casa de «La Rusia», montones y montones de cadáveres mutilados se confundían en apretado abrazo. Se alzó el humo de las piras por encima de los cerros y de un extremo a otro del horizonte mañanero, fue un clamor continuo de gemidos y exclamaciones de venganza. A siete macheteros del «Conto», apresados en la fuga, sin fórmula de juicio, se les despedazó en la horca. Dos mil hombres del gobierno murieron en aquellas horas.

Ni las sepulturas abiertas ni las hogueras improvisadas alcanzaron a recibir todas los cuerpos, que a la entrada de la casa, en el interior, en los zanjones y en las corralejas impedían a los vivos vengar tanto dolor. Unas semanas después los revolucionarios impulsados por curiosidad morbosa reconocieron el lugar desierto. En una de las paredes de la cocina hallaron un letrero: «¡Rojos mata dormidos!». Entonces un soldado buscó un tizón y escribió debajo: «¡El que tiene enemigos no duerme!» En lo más alto de un árbol vecino se balanceaban los siete ahorcados del «Conto».

El triunfo de «La Rusia» enardeció a los soldados de Tulio Varón. Corrió por el llano –desde el Magdalena hasta Gualanday– el nombre del caudillo y las hembras rendidas salieron al encuentro de los guerrilleros. Marín quiso tomar parte en la campaña. Reunido a las columnas de Varón, se propuso demostrar a las mujeres de su tolda su fiereza y valentía: decidió ir hasta Ibagué.

No intentaban los jefes revolucionarios un asalto en regla sobre la ciudad fortificada, temerosos de un rechazo sangriento; querían ejecutar un golpe de fortuna, prender unos cuantos reclutas del gobierno y escapar. En viaje divisaron algunos jinetes enemigos ocupados en enlazar ganado; un pelotón del «Conto» les hizo fuego apresando a casi todos. «Varón les interrogó

sobre el número y la situación de las fuerzas del gobierno en Ibagué; después les dieron muerte».<sup>10</sup>

Cerca de aquel sitio, en la casa del Papayo, los guerrilleros son señalada inteligencia, burlaron un destacamento gobiernista. Fingiéronse tropas conservadoras y a una señal de Marín los macheteros desenvainaron sus armas sobre los incautos, que cayeron «como la pavesa de una débil bujía bajo el filo de las despabiladoras». Victoriosos hicieron alto en la casa; allí encontraron para su desgracia grandes cántaros llenos de aguardiente, que encendió su sangre, les hizo perder la cabeza, excitó sus nervios, y al recordar que era sábado —día de mercado en Ibagué— los más borrachos propusieron a sus compañeros ir a la ciudad, saquear la plaza, matar un centenar de «godos camanduleros»; y colgar de los estribos de sus monturas los retazos de zaraza multicolor, sueño y ambición de sus queridas. El plan se convirtió en asalto furioso y absurdo; en desastre definitivo e irremediable. El aguardiente tuvo la culpa.

En el campamento del Papayo se oyó un viva al gran partido liberal. Era el comienzo. Los jefes sin animar ni contener a los soldados ebrios, al impulso de su entusiasmo contagioso asaltaron las primeras casuchas de la población, sin comprender —empeñada la refriega— que su arrojo era temeridad sin objeto y su coraje inútil. Encerrados entre varios fuegos, los revolucionarios resolvieron hacer de tripas corazón. No llegaban a setecientos, pero su valor fue tal, su desesperación tan grande, que a eso de las doce del día ganaron media ciudad, y la otra, defendida por los fusileros del gobierno, comenzó a ceder.

Tulio Varón, con una polaina rota y el gran machete rojo hasta la empuñadura, con toda la fuerza de su poderosa voz increpó a los macheteros, que entregados a saquear una tienda de comestibles vacilaban en subir por la cuesta abierta a todos los peligros. «¡A tomar la trinchera!», les gritó enfurecido, y sin parar en los ruegos de su hermano, perdida la noción de su propio riesgo, enloquecido por el humo de la pólvora, por el toque angustioso de las cornetas, semejante a un alarido mortal, avanzó calle arriba, esquivando el cuerpo de los balazos, que una cuadrilla de agazapados le disparaba de lado y lado. Cerca de la victoria un tiro tronchó su aliento y el caudillo cayó dando vueltas sobre el empedrado. Al ver esto sus hombres huyeron despavoridos, entre lamentos de cólera y clamor de gente derrotada. Luego vino la infamia.

---

10) G. París Lozano. Guerrilleros del Tolima, 169 y 183.

Cesaron los fuegos, y antes que los soldados de la trinchera conservadora les ganaran de mano, unas mujerucas de facha siniestra, como aves de rapiña, se lanzaron sobre los cadáveres registrando los vestidos con gesto ágil, hurtándoles baratijas miserables, prendas de ropa, despojos humildes de su miseria. Todavía resonaban los clarines, pero los guerrilleros en su desfallecimiento no podían resistir a la acometida impetuosa de los conservadores. A su espalda quedaron los heridos y el cuerpo del gran jefe.

En ese ir y venir de las tropas, acertó a pasar cerda de Tulio Varón una cuadrilla de voluntarios gobiernistas, capitaneada por uno de esos individuos, que la guerra hace surgir a la superficie, y la flojera de las autoridades acepta en horas de emergencia. Era cantor de iglesia, de aspecto exterior inofensivo, devoto de la pompa milagrosa; en el fondo un solemne bellaco. Tan pronto como este sujeto descubrió tendido y en trance de agonía al jefe revolucionario, saltó sobre él machete en mano, y con la más repugnante sevicia le ultimó seguido de su comparsa.

Nada les detuvo en su obra infame. A puñetazos se disputaron el cadáver, acuchillándole con inaudita cobardía, envileciéndole; sin que nadie se atreviera a defender los resto mortales. Y la turba encanallada, turba de miserables, cargó con los depojos humanos como un trofeo de gloria, que fue para la víctima, y de oprobio perpetuo para sus victimarios. Desembocaron en la plaza con el propósito rastroso de arrojar a la vista de la esposa de Tulio Varón –que allí vivía– el cuerpo mutilado, mas ella en su inmenso desconsuelo tuvo la suerte de no ver semejante perfidia. Muy cerca del zaguán de la casa, el jefe civil y militar del departamento contempló impassible el desfile de aquelarre, y fingiendo serenidad, dijo a sus acompañantes: «Está bueno el lechón».<sup>11</sup>

Hastiados de tanto muerto, los guapos abandonaron su presa. Retrocedieron paso a paso entre gritos obscenos y musitar de latines; luego en una taberna se oyeron los cantos de la plebe. Solitario en la mitad de la plaza quedó el cuerpo lívido; la sangre caía gota a gota... Esto ocurrió el 21 de septiembre de 1901.

---

11) G. París Lozano. Guerrilleros del Tolima, 168 y 183.



*General Manuel Antonio Noriega*

## *Guerra de Guerrillas*

DONALDO VELASCO.

### **Porras y Lorenzo.**

Una de las peores consecuencias de la expedición del Doctor Porras, fue la de inculcar en los pacíficos y laboriosos habitantes del Departamento el espíritu de rebelión y de crueldad, lo que hizo que durante los quince meses de intervalo entre la primera y la segunda expedición, hubiera una cadena horrorosa de asaltos, ataques, asesinatos y crímenes sin cuento mediante el sistema adoptado para dar caza al hombre, asesinarlo y abandonarlo á merced de los gallinazos!

En virtud de la capitulación otorgada por el General Albán se debían entregar todos los elementos de guerra, inclusive El Gaitán, á cuyo cumplimiento el Gobierno debería garantizar las vidas de los capitulados y su libertad.

El General Albán, con una magnanimidad sin ejemplo, se contentó con la simple palabra de algunos jefes y con unas cuantas armas; pero cuando menos pensó, vió en el humo del Gaitán burlada su bondad por los revolucionarios, y que con gran cantidad de armas, pertrechos y numerario partían á conflagrar las costas del Cauca.

Ya era tardío su arrepentimiento.

Con su generosa conducta sólo puso un paréntesis a la guerra civilizada, que debía suplirse con las guerrillas implacables armadas con los mismos rifles y otras armas que, según el religioso tratado, deberían reposar en nuestro parque.

En el lapso de tiempo, de esos quince meses, surgen personalidades del fondo de los bosques, antes completamente desconocidas, de nota sombría llevada en alas de la fama por los ayes de las víctimas sacrificadas entre las breñas de las montañas á la sombra de la noche.

El primero que se lanzó á la arena con gente allegadiza desde los manglares de Chepo y Corozal fué Manuel Patiño, uno de los vencidos en Calidonia y por consiguiente comprometido en la capitulación. Á mediados de Agosto fué contra él el Coronel Gregorio Llorente, por tierra; y por mar el Darién al mando del Comandante Manuel S. Caicedo. No fué grande la resistencia que opuso; pero se desvaneció como humo para aparecer enseguida como segundo del titulado General Manuel A. Noriega quien principió á organizarse con toda tranquilidad en el mismo Chepo, declarada capital de su Gobierno.

Desde allí enviaba comisiones devastadoras á Pacora y á varios puntos de la Línea para proveerse de cuanto necesitaba, aprovechando, seguramente, la ausencia del General Albán que en Noviembre y parte de Diciembre daba los gloriosos combates de Buenaventura y Tumaco.

Uno de los hechos que más alarma produjo fué el cruel é inútil asesinato de la policía de Culebra á la que encontraron el 19 de noviembre casi inérme y parte hasta dormida. Se pensó á priori que fuera uno de esos crímenes vulgares, hijos de facinerosos sin corazón y sin criterio; pero poco tiempo después, el General Noriega, en documento firmado en Chepo paliaba y prohibaba el crimen como hecho legal de la guerra civilizada!...

Hecho tan atroz, dió ocasión al siguiente decreto del Secretario de Gobierno:

DECRETO NÚMERO 163 DE 1900,  
(DE 20 DE NOVIEMBRE)

sobre medidas de orden público.

*El Secretario de Gobierno, encargado accidentalmente del Despacho  
de la Jefatura Civil y Militar del Departamento,*

EN USO DE SUS ATRIBUCIONES, Y CONSIDERANDO:

Que hace apenas quince días fue vilmente asesinado, en la Provincia de Coclé, el distinguido y valeroso Jefe, Coronel Don Gregorio Llorente y M., por una partida de facciosos á quienes perseguía, los cuales no forman parte de ejército regular alguno;

Que en la noche del día de ayer fueron sorprendidos y atacados indefensos unos pocos de los miembros de la Sección de Policía de Culebra, por una partida armada que se presentó en el cuartel.

Que en el mencionado ataque fueron asesinados con marcada alevosía Uladislao Conde, Benigno Montero y Adriano D'Espiney, Agentes números 273,326 y 363: y herido Guadalupe López é Isaías Cobo, números 432 y 453;

Que tal hecho revela claramente el instinto sanguinario de los individuos que componen la partida en referencia, quienes al retirarse inmediatamente después de cometer el asesinato han demostrado que no tuvieron otro objeto que sacrificar inútilmente á unos indefensos policiales, por el solo hecho de ser servidores del Gobierno, lo cual reviste este delito de circunstancias agravantes;

Que es preciso castigar ejemplarmente crímenes de esta naturaleza, para evitar su repetición y restablecer el orden público; y Que tales delitos están comprendidos en las disposiciones del Capítulo VI, Título III del Código Penal, puesto que no son ejecutados por necesidades de la guerra, sino que son cometidos por partidas aisladas de facinerosos que merodean en distintos lugares del Departamento.

DECRETA:

Artículo 1º Declárase cuadrilla de malhechores á los individuos que forman cada una de esas partidas de que se ha hecho mención. En consecuencia, las autoridades que hagan prisioneros a individuos pertenecientes á dichas partidas los tratarán y juzgarán á como tales.

Artículo 2º Las mismas autoridades procederán inmediatamente a reducir á prisión á las personas acerca de las cuales haya algún indicio grave ó sospecha de que son cómplices, auxiliadoras ó encubridoras de los declarados malhechores, ó de que en cualquier forma, los alientan en su criminal propósito.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Panamá, á 20 de Noviembre de 1900.

ARISTIDES ARJONA.

El Oficial Mayor,

Juan J. Amado.

Tanta actividad habían desplegado Noriega y Patiño para organizar fuerzas y armarlas, que para el regreso del General Albán de su gloriosa expedición ya tenían un respetable cuerpo dispuesto para el ataque.



Con él dieron los combates de la *Sabana* y el *Silencio*, el 12 y 22 de Enero de 1901 como para marcar con sangre los albores del nuevo año.

En el primero nos mataron al modesto amigo, Mayor Enrique Acosta D. ó hirieron al valeroso Capitán Pedro A. Barreto, que hizo ese día como de costumbre, alarde de su innato valor llevado á la temeridad.

Afortunadamente fueron totalmente derrotados y obligados á buscar otro refugio con los escasos elementos que les quedaban.

Cayeron en nuestro poder muchos prisioneros, entre ellos el titulado Coronel Erazo y José Agustín Arango Jr.

Poco tiempo después de dar Patiño el grito de contumacia en Corozal de Chepo, apoyado por varios revolucionarios fugitivos después de la derrota del Puente, se pronunció en las montañas de Chame el indígena *Victoriano Lorenzo* con el grado de Coronel.

Los cincuenta rifles que el Doctor Porras le había dejado, con su respectiva dotación de tiros, no eran bastantes para sus gentes, por lo que las armó de escopetas y las adiestró en el sistema de que parece ser maestro, la Chasse de Thome, tan cobarde como criminal.

Al consignar estos calificativos no se crea que me guía pasión alguna sólo encuentro aceptable y hasta indispensable el tal sistema en una guerra contra el extranjero. Son de mi admiración los *outlaws* britanos que después de la batalla de Hastings perseveran altivos contra la dureza del Conquistador.

¿Por qué censuraríamos á Pelayo y sus asterianos guardando en las breñas cantábricas las santas reliquias que habían de salvar su Patria en la histórica Covadonga?

¿Quién osaría censurar la persistencia desgraciada de nuestros mártires García Rovira, Mutis y Cabal que al fin sucumben abrumados por el número, pero salvando con el sacrificio el santo estandarte que habría más tarde de vencer en Boyacá, Carabobo, Pichincha y Ayacucho?

Las guerrillas como las de los boers, merecen toda la admiración del mundo justiciero porque ellas, con la desesperación de la agonía, son la enérgica vitalidad de la causa inmaculada de la patria, y representan el grito de un gigante moribundo que en su desgraciada lucha se ha transformado en jirones que como centellas irán á repartir el fuego á punto de extinguirse en un solo cuerpo.....

La guerra de guerrillas es la Independencia ó la muerte, cuando se trata de nación á nación.

Pero en nuestras infelices contiendas civiles, cuál es el resultado final? ¿Cuál es el ideal noble y levantado de esta supervivencia de la primitiva ferocidad humana?

Solamente el exterminio general: sólo la desolación, sólo el luto para ambos combatientes.

Vanos son los gritos por un pasajero triunfo, necios los vítores, insensatas las músicas con que procuramos ahogar nuestro dolor en pasajero narcotismo. Hoy vencemos, magnífico! Pero ¿no pensamos que en el mismo momento de nuestra exultación se entierra ó se incinera un hermano nuestro, un padre, un pariente que, en campo contrario, luchaban por un ideal presupuesto puro y honorable, pero que no es más que el grito del amor propio y de la intemperante ansia del poder?

Cuántos delitos se han cometido bajo el antifaz de la guerra, por el influjo de las guerrillas!.....

El incendio, el saqueo, el asesinato, el estupro, el sacrilegio todo cuanto hay de horrendo, hasta la profanación de los cadáveres para despojarlos de sus prendas!

Pero entre tanto, cuando ante el tiro certero de alevoso cazador se abate un cuerpo y se escapa un grito, ha muerto acaso un advenedizo miserable?

¿Es un conquistador, un aventurero el que ha caído? Nó! Es un hermano, sea conservador ó liberal el adversario; hijo legítimo de una misma gemebunda madre, á la postre la única víctima expiatoria del asesinato cobarde de Caín.....

La guerra de guerrillas, sea cual fuere el partido que las sustente en las contiendas civiles, es cobarde y atrocemente abominable.

Victoriano Lorenzo, como el pescadero Masanielo, por una de esas caprichosas aberraciones de la naturaleza, se ha impuesto ante sus gentes y su voz es decisiva como un fallo omnipotente é inapelable.

Bajo sus órdenes giran ó merodean hombres de oscura y triste fama como Fidel Murillo, Alvarado, Olimpo Juvenal Silva de la Vega y otros no menos conocidos y terribles, cuyas hazañas corren de boca en boca entre los medrosos campesinos, como las de los feroces *bravos* del feudalismo que nos recuerdan las leyendas medioevales.

Poco tiempo después de la capitulación de Julio pasó á Penonomé y Santiago de Veraguas el Coronel Manuel G. Núñez R. con una compañía, á recuperar todas esas regiones y á posesionar las respectivas autoridades.

Ardua era faena, pues en Los Santos, le costó la vida á un defensor del Gobierno, á Pablo Villaláz.

La llama principal se había adormecido; pero al debilitarse en su centro, sus brasas candentes quemaban por toda la circunferencia.

Los indios, seducidos, engañados y capitaneados por Lorenzo ya estaban en completa rebelión, lo cual el Coronel Núñez Roca manifestó oportunamente al General Albán, para que dictara más enérgicas y salvadoras disposiciones.

A apoyarlo fueron los Coronel Gregorio Llorente y Pedro Sotomayor con más gente veterana.

Entre ellas se presentaron varios camaradas nuestros con quienes compartimos las fatigas del servicio en el *Cuartel de Cívicos* organizado por el General Albán, cuando, exhausta de tropas la plaza, con las muy pocas que había, tuvo de hacer frente á Noriega y Patiño en los combates de la Sabana.

Allá fue el joven José María Guerrero, alférez, hijo del Cauca, decidido conservador y resuelto á todo sacrificio con tal de cooperar al triunfo de su causa.

José María murió, como veremos más tarde, en la flor de la edad, como había muerto el año anterior durante la primera expedición el joven César Donado, cuando el porvenir les sonreía.

Para matar el mal en su cuna necesario y hasta indispensable era llegar cuanto antes á la principal guarida del Jefe de estos indios; pero por lo mismo tal empresa era por demás peligrosa.

El Coronel Sotomayor pretendió hacerlo, con diez hombres, resuelto á penetrar en la finca de aquél denominada *El Cacao*. Tinosamente retrocedió para unirse al refuerzo del Coronel Llorente que también iba en su busca para dar cima á la misma temeraria empresa.

A legua y media de Penonomé, en un sitio llamado *Larguillo* iba el desgraciado Coronel Llorente, á la cabeza de su pequeña fuerza, cuando un tiro certero como los de Berrucos, lo dejó muerto. Apenas pudo gritar: *fuego muchachos!*

Esto sucedió el 5 de Noviembre de 1901. Sus tropas envano buscaron los asesinos é hicieron fuego por todo el monte: la víctima yacía tendida y

á sus subalternos sólo quedó el triste consuelo de sepultarlo en el mismo ingrato suelo que recibió su último suspiro.

El Coronel Llorente era hijo de una de las familias más distinguidas del Cauca, había batallado por la buena causa desde muy joven, y al lado del General Albán había demostrado las más nobles prendas de su alma. Inteligente, magnánimo, insinuante é instruido era un verdadero tesoro de su familia y una esperanza de su patria.

Representaba uno de los pocos afectos del General Albán á quien se dió el pésame como á un padre, pues en tal grado lo distinguía con sobra de merecimientos.

La muerte del aguerrido Coronel Llorente dió causa al sitio de Penonomé á fines de Noviembre, durante el cual nos hirieron algunos defensores.

El sitio se formalizó hacia Diciembre, del cual supo el Gobierno oportunamente para mandar pertrechos y órdenes con el Comandante Julio Rincón. En la marcha tuvo éste la imprudencia de adelantarse á sus compañeros y cayó solo en una emboscada el 9 de aquel mes.

Después de un cruel y largo martirio, ante cuyo relato horroroso se crispan los nervios, fué ultimado en *Chigoré*, en compañía de un cabo *Peña*, al día siguiente de la captura.

Ni siquiera se le dió sepultura como lo pidió á sus cobardes asesinos antes de morir!

Desdichado sino el de Rincón, en mucho parecido al del capitán Cuevas, aunque más ingrato, ya que éste como aquel sucumbieron en defensa de su causa sin pertenecer en el momento de su sacrificio á ningún militar.

Animado el Coronel Núñez Roca con los auxilios que llegaron, intactos por fortuna, hizo un esfuerzo para romper el asedio, lo que originó el combate de *Los Espinitos* donde le hirieron á su hermano el también Coronel José M. Núñez R. uno de los más sufridos servidores del Gobierno que luchó durante todo el prolijo período que tratamos.

A trueque de la muerte del Teniente Pacheco, murieron trece revolucionarios pero sin obtener el deseo apetecido de alejar los sitiadores ni amedrentarlos.

Tornó el Gobierno á reforzar la plaza donde ya acompañaba al Comandante Militar el Coronel Sotomayor recién llegado de Antón.

Ante nuestras disciplinadas fuerzas las bandas se desvanecían como los azores á la vista del cazador; pero después de herirnos ó matarnos algunos de esos infatigables compañeros! y la Patria, esta destrozada Patria, esperaba mucho bien de su valor y patriotismo.

Pero ya que vamos á tratar de los indios, elemento verdaderamente desastroso y terrorífero, veamos quiénes son, como nos los describe el Doctor S. Ponce Aguilera quien debe de conocerlos á la perfección

“Los indios de la Provincia de Cocié han gozado, y gozan aún de un fuero especial que les reconocieron, desde los tiempos de la Colonia las leyes de España. Ellos tienen su Gobernador propio nombrado por el Cura Párroco de Penonomé, y todas sus querrelas son sometidas, como juez de paz, al Señor Cura, ó al Gobernador, que tiene señalada la órbita de sus atribuciones y su jurisdicción bien determinada. Las autoridades civiles de la República no conocen sino en los casos graves que se suscitan entre ellos, en los delitos comunes, v. gr., y sea especie de independencia que se les ha reconocido, viene á ser hoy una de las causas eficientes de la actitud bélica que han tomado. Alentados por espíritu que tienen la responsabilidad de sus actos, se han convertido en fuerza bruta que obedece ciegamente cualquiera orden que se les dé: han llegado hasta el fanatismo en la tarea destructora que se les enseña, y de ahí el valor en la resistencia contra nuestras fuerzas organizadas, cuando los han atacado en sus breñas salvajes. Tanto más de admirar es el valor de esos indios, cuanto que siempre han demostrado una cobardía extrema y un temor cerval á todo lo que relaciona con el ejército y la guerra.

Los indios á pesar de los descalabros que sufren, viven alentados por las esperanzas de triunfos que les viene desde Costa Rica y Nicaragua por los derrotados de ayer; los halaga la promesa de mejorar inmensamente después del triunfo definitivo, y su Jefe Lorenzo —á quien todos se inclinan y saludan con el antonomástico título de *el Coronel*— tiene aspiraciones concretas de una posición superior que le han hecho entrever muchos que se llaman gente honrada y representantes de una causa política.

Se les ha hecho creer á los indios que los bienes de los conservadores son fruto de malas artes y que quitárselos es obra justa y meritoria; que pagar al comercio lo que deben es una necesidad máxima, puesto que el comercio no hace sino explotarlos para enriquecerse; que después del triunfo de la revolución, la sal, artículo de primera necesidad, dejará de venderse como hoy y que todos la tendrán gratis, etc. Con estas enseñanzas, puestas en práctica por los caudillos de la revolución en el Istmo, é inculcada á

gentes ignorantes y de natural hipócrita y desconfiado, fácil es comprender cuánta sea la gravedad de la revolución en nuestro Departamento.

Algo más de \$100,000 deben los indios al solo comercio de Penonomé, suma imposible de hacerse efectiva por la actitud de aquéllos, y como las ventas se han reducido apenas el consumo de la población claro está que el desastre comercial es evidente y sin remedio. Ahora, como el comercio de Penonomé, como el del interior del Departamento, vive del crédito del comercio de la capital, que es el introductor directo de la mercancía extranjera, los males que experimenta el primero vienen de rechazo á entabrar el segundo y á producir la crisis, por la solidaridad comercial.

Aun en el caso de que la revolución termine en toda la República, la actitud de los indios de Panamá quedará siendo hostil, y suerte de los pueblos que vivían por las relaciones de ellos, por el cambio y el crédito, continuará agravándose hasta la completa paralización de todo desarrollo industrial ó del comercio."

Las incursiones de los indios no sólo se extendían al sitio de Penonomé: sus numerosas guerrillas, como los brazos de Briareo, se lanzaban famélicas y bestiales, ávidas de sangre y robo, como las hordas de los vándalos que desquiciaron el Imperio Romano, a todos los albergues civilizados, donde esperaban encontrar rico botín y donde creían necesario el terror y el exterminio, para venganza personal y satisfacción de sus implacables cabecillas.

He aquí la descripción de algunas de las horribles hazañas, perpetradas en distintos lugares y personas como nos la hace el mismo Dr. Aguilera á quien cedemos la palabra:

"A Monseñor Sebastián de Aguilera<sup>(1)</sup>, sacerdote envejecido en el cumplimiento de su alta misión social, tío del que hace la presente relación, se le buscó en su misma casa para "cortarle la cabeza," y en presencia de su familia se le irrogaron los insultos más desvergonzados y soeces. El sacerdote español Albino Ruzo, Cura de la Pintada, es asesinado<sup>(2)</sup> también en presencia de una distinguida familia, á pesar de implorar de rodillas misericordia y de invocar su doble carácter de sacerdote y de extranjero. Una vez consumada la obra nefanda, un caballero trata de recoger su cadáver para darle sepultura, pero los lobos se niegan a ello, amenazan con la muerte

---

(1) Dáselo el tratamiento de Monseñor por haber sido distinguido por Su Santidad León XIII con el título de Capellán Secreto de Honor.

(2) Camilo Ortiz y Lino Albea los victimarios que lo fusilaron. El I.S. Obispo los escomulgó en Abril de 1902. (Nota, D.V.)

á quien se atreva á cumplir semejante acto de caridad y vociferan que las carnes del discípulo de cristo deben quedar de pasto de las ares de rapiña. El cadáver, quedó insepulto, pero Dios quiso que la iniquidad no fuese completa: ningún animal inmundo se acercó al cadáver y hoy permanecen todavía las cenizas completas al pié de un árbol que les presta benigna sombra.....

Leandra del Rosario, una pobre mujer de Penonomé, es ahorcada por el mismo Victoriano Lorenzo, por la simple sospecha de que era espía; un cabo de apellido Peña, que pertenecía á la columna de *El Pacífico*, murió asesinado el mismo día que el Teniente Coronel Rincón y despojado de sus vestidos para cubrirse con ellos uno de sus victimarios; Manuel Ponce, es atacado en una casa extraña, cuando estaba indefenso, por una partida de negros de Rionato, caserío del Distrito de Antón, y apenas cae herido, se le lanza uno de sus victimarios, lo degüella y decapita entre risas y burlas de sus comparsas, que celebran el crimen con muestras de las más desenfadada maledicencia.

Pero uno de los crímenes más horrorosos, que acaso tenga igual en los anales de la bestia humana, fué el cometido en la persona de José Trinidad Lombardo, hombre bueno y de antecedente estimables. Llegan á su casa – hacienda de *San Agalós*, –á las 9 de la noche, en momentos en que él dormía á uno de sus hijos más pequeños en una hamaca. Le arrebatan al niño, lo sacan de la casa y lo asesinan en presencia de su familia. Obligan después á la esposa á que siga á los asesinos, con un niño de dos meses de nacido en los brazos, y á ella y á sus hijos los hacen caminar 5 leguas á pié, hasta el campamento de Lorenzo. Allí permanece la infeliz señora como dos meses, escarnecida de sus victimarios, hasta el extremo de no tener ropas con qué cubrir su cuerpo y obligada á servir á los mismos indios como cualquiera sirvienta. La señora De Lombardo es miembro de una de las más distinguidas familias de Panamá, y lo que se hizo con ella fué sencillamente una venganza social en nombre de la santa democracia.”.....

Después de aludir á las distintas familias objeto de las expoliaciones de los hunos de nuestras selvas, continúa: “réstame hablar de otro crimen atroz perpetrado en la persona del Sr. Ramón Herrando, súbdito español, muerto á mansalva de horrible puñalada en presencia de su esposa D.<sup>a</sup> Sofía Ocaña.

El Sr. Herrando vivía con su esposa y la familia de ésta en un lugar próximo al caserío de Río grande, jurisdicción de Penonomé, donde fueron asaltados á media noche por una partida de malhechores, comandados por un tal Murillo, de Natá. Herrando, su cuñado D. Eligio Ocaña y D. Arcadio Aguilera, trataron de resistir á los que los atacaban, pero la lucha fué desigual

desde el principio por parte de los que se defendían, y una vez que los asaltantes lograron ocupar la casa, Herrando fué muerto de una puñalada y su cadáver profanado con sevicia increíble; el padre de la familia Ocaña, D. Manuel Paulino, y un sobrino de éste, D. Antonio Ocaña, fueron hechos prisioneros, ultrajados hasta la crueldad, y si no se les asesinó como á otros, fué por la ambición de un rescate en dinero suficiente para calmar la sed de riqueza de Victoriano Lorenzo y sus secuaces.

D. Eligio Ocaña pudo escapar milagrosamente de las manos de sus enemigos y D. Arcadio Aguilera, aunque prisionero y maltratado por el hierro de los compañeros de Murillo, pudo salvarse de la muerte por haber demostrado que es liberal. Hay en este acontecimiento una circunstancia muy notable que reviste el mayor grado de perversidad que puede caber en corazón humano, en lo que se refiere, particularmente, á la persona del Sr. D. Manuel Paulino Ocaña. Caballero cumplido, padre de familia honorable y hombre de antecedente meritísimos por todo concepto; su vida entera la ha consagrado á hacer el bien á cuantos han llegado á su casa en demanda de algún socorro. El Sr. Ocaña, por espíritu de caridad, ejerce la medicina, y no son pocas las dolencias calmadas durante el largo tiempo que tiene de médico de los pobres y desvalidos. Ni siquiera las medicinas han pagado jamás los infelices á quienes él ha asistido, los mismos que, en un momento de ingratitud incalificable, de refinada perversidad, se levantaron contra él y le pagaron sus beneficios con el duelo de su familia y el martirio de su persona y la de su sobrino Antonio, por más de cinco meses consecutivos."

A este hecho debe agregarse el martirio del respetable anciano D. Miguel José Guardia, medio ciego, á quien sorprendió en su casa un tal Lázaro Guevara en la mañana del 20 de Diciembre. No lo permitieron calzado para mayor tormento y á pié lo condujeron á las crestas del Valle, de donde lo trasladaron al campamento de Victoriano, quien ordenó su ejecución junto con la de otros muchos prisioneros.

Afortunadamente Apolayo, uno de sus tenientes, más humano que él, se opuso á tan atroz delito y se llevó los prisioneros al campamento de Noriega.

Después de cinco meses de amarguras y tormentos, se le dió la libertad á trueque de dinero y el mismo día que cumplió el mes de ser libre exhalaba el último aliento en Panamá.

Al lado de estos crímenes debe figurar el asesinato del infeliz Marcos Sotomayor, ocurrido el 24 de Marzo de 1901. Su único delito fué ser hermano



del Coronel..... Pero ésto, aunque cubierto con el antifaz político, pertenece á la categoría de los delitos comunes calificados de atroces.

El 25 de Enero de 1901, en número de 300 atacaron á Antón sólo defendido por 40 valientes al mando del Comandante Víctor M. Hernández, y del temerario Capitán Belisario Valencia.

La heroica resistencia coronó los esfuerzos de los nuestros; pero el Capitán Valencia sucumbió ante el número. Nos hirieron al Teniente Manuel Guardado, á J. Fajardo, R. Coledón, Daniel Martínez y J. Cubillas.

La turba revolucionaria volvió otra vez á los alrededores de Penonomé, su más codiciada presa, como Atila sobre Roma.

Sabedor el Coronel Sotomayor que no estaban muy distantes, el 8 de Febrero salió á combatirlos con sus 40 hombres, no creyéndolos en número muy crecido. Los halló en *Río Grande*, agazapados y dispuestos al combate.

Con la intrepidez que lo caracterizaba, animó á sus soldados, y como el paladín que en el torneo sólo anhela lucirse después de invocar á su Dios y á su dama, embistió con denuedo y bizarría, resuelto á castigar sus depredaciones.

A poco tiempo lo rodearon 200 hombres mandados por Victoriano en persona y por Patiño que, después de la derrota del *Silencio*, había pasado con Noriega á buscar la sombra del terrible guerrillero.

El combate, aunque desigual, se mantuvo por algún por algún tiempo hasta que lo abrumó el número de los adversarios.

Le intimaron rendición.

—A mí no se me rinde; se me mata, contesto batiéndose desesperadamente.

Fidel Murillo tuvo la triste gloria de victimarlo á machetazos, incapaz de comprender lo que merece el valor desgraciado! <sup>(3)</sup>

Treinta y seis prisioneros; armas, y más de cuatro mil tiros nos cogieron á la muerte del batallador.

---

(3) Murillo murió fusilado por el mismo Victoriano por celos de mando.

Le originó su muerte una carta escrita por el jefe X.... quien fingió sagázmente tratados con Murillo que jamás existieron..... Victoriano aprovechó la falsa coyuntura y salió de un Teniente que le hacía peso.

Entre aquellos estaba el Comandante J. A. Jované, ex Jefe de la Policía de Panamá.

Con el Coronel Sotomayor perdió el Gobierno el más hábil de los Jefes para batir á los guerrilleros del interior: astucia, audacia, valor eran cualidades que lo distinguían, las que se multiplicaban con su perfecto conocimiento de la topografía de esos accidentados lugares.

Era el único que ponía coto á las devastaciones de esos desalmados para quienes no había linderos, ni fueros, ni nada sagrado ó digno de compasión, como hemos visto en los relatos anteriores.

El Coronel Sotomayor murió cuando el Gobierno más lo necesitaba. Sólo él hizo la heroica hazaña de penetrar hasta el corazón del campamento de los indios, engañarlos, sorprenderlos y tomarles 40 prisioneros sin disparar un tiro.

Después de su muerte los tiroteos fueron casi diarios: un tiro en el bosque, otro en el río al sirviente ó á la mujer que iba en busca de agua ó de verduras: nunca faltaba un indio en acecho, como el tigre en pos de su presa.

La *Chasse de Thome*, se verificaba en la perfecta acepción de la frase.

Al ir al baño, al cortar leña, á lo más insignificante se imponía un convoy de tropa armada con el cual se abría un tiroteo que terminaba con la satisfacción de la necesidad. Así se vivió en Penonomé durante muchos meses, que pintan de relieve lo que sería el hombre primitivo guiado sólo de los instintos de la naturaleza, ó sea la bestia humana en su abominable desnudez.



*General Domingo Díaz De Obaldía*

## *El combate naval de Panamá.*

LUCAS CABALLERO.

*Antecedentes de la acción. El General Albán se apodera del transporte chileno "Lautaro". Hundimiento del "Lautaro" en el combate; muere el General Albán. El ejército liberal honra la memoria del jefe adversario. Desconcierto de las fuerzas oficiales con motivo del descabro. La intimidación norteamericana impide la toma de Panamá y Colón.*

Al día siguiente de la firma del pacto de canje de prisioneros en el *Philadelphia*, despachamos para Panamá a los jefes y oficiales conservadores a quienes se había concretado el beneficio. El 17 de enero de 1902 llegaron a nuestro campamento los canjeados liberales y uno de ellos me entregó una carta del general Albán, que en síntesis decía: "¿No le parece a usted que en el proyecto de constitución que le envío y de que soy autor, hay base para un tratado satisfactorio de paz?"

Estaba yo leyendo en la oficina del comando del *Almirante Padilla* el proyecto en referencia, que encontraba más que satisfactorio para las circunstancias nacionales, cuando entra el general Herrera y me dice que los canjeados le dieron cuenta de que el general Albán había tomado *manu militari* el buque chileno *Lautaro*; que lo estaba artillando a toda prisa, y que era voz pública en Panamá que con ese buque, el *Boyacá*, el *Chucuito* y dos *clappes* armados en guerra, personalmente el referido jefe conservador atacaría al *Padilla* al día siguiente.

Luego me agregó: "Como son muchos cernícalos para una sola presa, se impone el sorprenderlos en el nido. Por ello ordené que todo el personal con brochas, hasta donde alcancen éstas y en su defecto con las manos, cambie rápidamente la pintura y el color de nuestro buque". Y, finalmente, concluyó: "Vengo a darle instrucciones para la orden del general en que se determine el personal que me acompañe en el ataque.

Temiendo que mi sola influencia personal no fuera bastante para hacerlo desistir de su empeño en ser comandante de esa ofensiva, le respondí que fuera anotando el personal que yo volvería en el acto.

Y me fuí a traer a toda prisa a los altos jefes del ejército a que respaldaran lo que yo iba a observarle. Le puse de presente que era en verdad muy importante el combate naval, pero que quedaba en tierra un ejército rápidamente elevado a 3.000 hombres, llamado a una campaña de singular importancia en que cada héroe —y lo eran todos— valía por muchos combatientes con los elementos bélicos de que disponíamos a discreción. Mal de su grado, hubo de deferir a nuestras instancias.

Quedamos pues, los dos, para expedir la orden general en que se encargaba el comando de la expedición a dos altos oficiales, los más adecuados para el caso, porque aparte de ser hombres de gran valentía, eran, veteranos en labores de mar.

Después de tomar con los que acababan de salir de la bahía, una información muy minuciosa de la situación en que estaban apostados los acorazados y cruceros extranjeros y los buques oficiales destinados a atacarnos, me dio instrucciones para formular las que debían llevar como plan de ataque los jefes expedicionarios. Y, presintiendo que en algún momento del conflicto los jefes americanos pudieran intimar que no se disparara contra la ciudad, me ordenó preparar la nota de respuesta en que se les debía decir que nuestras andanadas tenían que ser simplemente defensivas y que por tanto, previamente debían cesar los fuegos desde las murallas.

Esa operación militar se efectuó en la forma que describe el siguiente, parte de batalla:

“Señor director de la guerra en el Cauca y en Panamá —Presente.

Recogidos ya todos los datos acerca del combate naval en la bahía de Panamá, cumplo con el deber de daros cuenta detallada de tan memorable acción.

El 17 por la tarde recibísteis en el cuartel generalísimo de la rada de Antón, noticia cierta de que el gobierno del señor Albán, no obstante las protestas de representantes autorizados de la república de Chile y de los dueños del buque, había aprehendido *manu militari* el vapor *Lautaro* de nacionalidad chilena, que estaba anclado en la bahía de Panamá a donde había venido conduciendo una fuerte guarnición de aquella república, guarnición que se encaminó al Atlántico a recibir un buque de guerra.

Tuvísteis también noticia de que el enemigo cumplió ese acto de fuerza y rápidamente artilló el buque expresado, sin que hasta el momento en que

fue expedido el informe los representantes de naciones extranjeras hicieran valer protestas sobre el respeto a una neutralidad que es solidaria, porque en ella estriba parte principal de la fuerza y de la eficacia del derecho internacional.

Todo ello se cumplía en momentos en que no había llegado al cuartel generalísimo la segunda división del ejército del Cauca, en circunstancias en que era imposible físicamente la movilización de todas nuestras fuerzas para hacerlas concurrir a una sola y simultánea acción por el agotamiento de víveres en una marcha penosísima por mar en que hubo fuertes temporales del océano, y en que había necesidad de proteger la incorporación de una fuerza amiga que efectuaba su marcha por lugar inmediato a acantonamientos del enemigo, expuesta a ser no una presa fácil, pero sí tentadora.

Quisísteis para mayor y más íntima seguridad de que vuestro plan fuera ampliamente realizado y para calmar todo escrúpulo respecto del respeto inviolable de intereses extranjeros, expuestos naturalmente en el fragor de una batalla, conducir personalmente la expedición a la bahía a donde se hallaba la flotilla enemiga, pero oísteis las repetidas y encarecidas instancias de jefes superiores que a porfía se interesaron porque presisárais vuestras instrucciones, respecto del ataque naval y atendiérais a los múltiples e irremplazables deberes de vuestro cargo, entre los cuales parecía inminente la dirección de un combate formal con el enemigo acantonado cerca de nuestro campamento.

Defiriendo, no sin resistencia, a esos encarecimientos, encomendásteis al comandante del crucero *Almirante Padilla*, general José A. Ramírez, y al segundo del almirante, el coronel Roberto Payán H., el cumplimiento preciso de las instrucciones que les dísteis por escrito y en conferencias verbales.

Los referidos comandantes correspondieron ampliamente a la confianza que les dispensásteis y se mostraron dignos del honor que les fue discernido.

El 19 por la noche, a las 9 p.m., zarparon el crucero *Almirante Padilla* y el cañonero *Panamá* con el objeto de acabar con el *Lautaro*, buque que parecía ser el fuerte de las atenciones y de las esperanzas del enemigo. Llevaban orden de atacar *La Boyacá* y apresarla o hundirla, por si se presentaba en la refriega o si llegaba en su término prudencial de espera que transcurrió sin que hiciera sentir su existencia.

Al amanecer del 20, entró nuestra flotilla a la bahía, a donde se cumplieron los sucesos que relata de este modo el informe del comandante del crucero:

“Hicimos nuestra entrada a plena luz meridiana a las 6 a.m. en punto, y después de izar el pabellón colombiano, se disparó por nosotros el primer cañonazo.

“El *Lautaro*, blanco cercano de nuestros proyectiles, 130 metros, estaba anclado en medio del crucero *Philadelphia* y de un mercante chileno, los cuales han guardado la más completa neutralidad, por lo cual, tanto en atenta nota, como verbalmente les hemos manifestado nuestro reconocimiento.

“Dicho vapor, después de nutrido fuego, sostenido por fuertes de Panamá como de Chiriquí y del vapor *Chucuito*, lo hemos visto consumirse, presa de voraz incendio.

Hundido el *Lautaro*, y siendo blanco nuestros buques de los fuegos de la artillería de tierra y del *Chucuito*, que hizo del crucero americano *Philadelphia* su trinchera natural, nos retiramos siguiendo las instrucciones que dísteis acerca de no disparar ni sobre la ciudad, ni sobre neutrales.

“Botes chilenos y americanos han protegido el salvamento de tropas. Tenemos que lamentar la muerte de 3 individuos de tropa y 27 heridos, entre ellos, aún cuando no de mucha gravedad, el segundo, coronel Payán.

“Las del enemigo parecen ser de mucha consideración.

“Se nos ofreció por el *Philadelphia* tomar nuestros heridos para conducirlos a ese buque, pero resolvieron al fin traerlos al cuartel generalísimo, en dónde estamos actualmente.

“Todos a bordo han sabido cumplir con su deber; desde el último soldado, cuyos certeros fuegos de fusilería nos han ayudado al triunfo, hasta los jefes superiores que con su presencia de ánimo inspiraban confianza y servían de estímulo a todos los combatientes”.

A tiempo de concluir este informe, llega la noticia, que consigno, de que pereció en la batalla el comandante de las fuerzas enemigas, general Carlos Albán, brazo fuerte del gobierno del señor Marroquín, y como honor para el finado, no menos que para nuestra causa —que pugna y no conoce las satisfacciones del odio, porque la distingue y la genera la tolerancia en las ideas—, debo hacer constar el sentimiento de pena con que se ha sabido el suceso en este campamento, de que es testimonio la orden generalísima de estos ejércitos que honran su memoria.

Quienes partieron con él el sol en lucha franca, lamentan la pérdida del colombiano que tuvo por característica el valor y la energía, aparte de una ilustración notable y de una inteligencia clara.

Sus desvíos respecto del liberalismo debieron sufrir rectificaciones cuando de los últimos pensamientos que consignara su pluma, algunos se dirigieron a varios miembros de este ejército recomendándoles, como base de acuerdo entre los contendores, un proyecto de constitución, republicana en ideas, que hace justicia a quienes repugnan el régimen persa de estos tristes tiempos en Colombia y que contiene muchas aspiraciones de todos los nacionales.

Volviendo al propósito de este parte, en el orden militar, la batalla a que esta relación se refiere, es de la mayor trascendencia. El concepto de los ejércitos, por órgano de su vocero natural, es el consignado en la siguiente orden generalísima de esta misma fecha:

“Artículo único. —La dirección de la guerra estima día fausto para el liberalismo el 20 de enero de 1902, que tiñó de luces nuestro horizonte político con una jornada que marca la hora en que comienzan las grandes, decisivas victorias; que inició la era de las acciones navales con el mayor éxito y la mayor brillantez, si por la pericia, si por la heroicidad; que demuestra cómo no ha bastardeado y cuánto puede fructificar en nuestro suelo la cepa de los Padillas, y que, para el porvenir, es augurio y es promesa del modo como en nuestra patria se haría para con extraños la defensa del honor común.

La dirección felicita a quienes cupo el honor, ansiado generalmente por los miembros de los ejércitos, de ser partícipes de la expedición; estima que el laurel por ellos conquistado, es timbre de orgullo para todos y especialmente para sus inmediatos conductores, el general Ramírez y el coronel Payán, quienes correspondieron ampliamente a la confianza dispensada en ellos.

La dirección de modo especialísimo honra la memoria de quienes en la acción hicieron a su causa el sacrificio de la vida.

Cuartel generalísimo de Albina de Antón, enero 21 de 1902.

El primer ayudante y secretario general,

*LUCAS CABALLERO*

Es de imaginar el desconcierto y el pánico de las fuerzas oficiales de Panamá y de Colón, con motivo de ese descalabro tan fulminante, pero no fue posible aprovecharlos en nuestra campaña aunque nos llegaban informaciones minuto por minuto de la angustiosa situación de la ciudad y aunque teníamos fuerzas apostadas en las inmediaciones de la vía férrea, por la prevención americana de que sus barcos y sus hombres impedirían el ataque a las ciudades.

Cuando jefes superiores, oficiales y soldados se impusieron de que no podíamos tomar a Panamá por la intimación americana, la indignación fue tan grande que parecía casi imposible contenerla. No a Herrera, a quien guardaban respeto reverencial, pero si a mí llegaron a decirme: “¿Por qué sin cuidarnos de la vida peleamos contra hermanos y no nos hacemos matar castigando a extranjeros intrusos? Bien sabemos que nos fulmina y nos reduce a cenizas la potencia de que son hijos, pero queda viva la perpetua protesta ante el mundo de colombianos que rechazan la intervención extranjera. No importa que este gobierno espúreo la mendigue, si existen patriotas que no se resignan a la deshonra nacional”.

Cuando le comuniqué a Herrera la agitación de la masa, me dijo: “Tiene muchísima razón y yo mismo siento que la sangre me estalla, pero si hacemos lo que nos impone el instinto, le causamos a la patria un mal irreparable: a cualquier desliz nuestro, esto serán americano. Dominándonos a nosotros mismos tenemos que calmar a estos hermanos y compañeros de humillación y en eso debemos empeñarnos usted y yo”

“Por lo que hace a nuestro problema militar interno, apretándonos el corazón y el espíritu para distraerlos de esta afrenta internacional, me ocurre lo siguiente: No podemos tomar a Panamá ni a Colón, porque los americanos nos lo impiden pero sí tenemos los medios de organizar en esas ciudades una división de avanzada que será para nosotros un auxiliar muy poderoso.

“Esa división no necesita cañones, rifles, municiones ni buques, sino sigilo; destreza y astucia. Sus funciones deben ser, entre muchas otras, éstas:

“Ver de conseguir en el acto mismo en que sean consignadas en las oficinas del cable y del telégrafo, todas las comunicaciones oficiales y trasmitírmolas inmediatamente; darnos hoy mismo datos precisos de las guarniciones de Colón y Panamá, con los nombres de los jefes, de los efectivos en fuerzas y de sus altas y bajas; llevar un registro diario, y comunicárnoslos en el acto, de los buques que lleguen a Colón con fuerzas del gobierno, indicándonos los jefes que tengan, el personal de que consten,



las altas y bajas que les ocurran diariamente, el material de guerra que hayan traído, las traslaciones de soldados y equipo militar que se hagan a Panamá, etc.; avisarnos en cuanto se estén preparando las salidas de tropas de Colón hacia Bocas del Toro o las que proyecten para el interior del departamento, con indicación de jefes, número de soldados, material militar, etc.; emplear la clave que les enviamos para toda comunicación peligrosa, etc., etc.

“Como usted ve, esa organización tiene que ser muy seria, para que los datos que nos suministren sean totalmente oportunos y precisos. Por lo tanto, prepáreme cartas con instrucciones muy claras para que el general X, que es uno de los militares más expertos y de más ejecutorias en el país, imposibilitado hoy desgraciadamente por achaques físicos para venir a dirigir esta campaña, y el doctor X, que es otra de nuestras grandes figuras nacionales, sean los directores y los responsables de labor tan delicada.

“Ella necesita gente de absoluta confianza, y muy avisada, en las oficinas del cable y del telégrafo, en el puerto, en los muelles de embarque y desembarque, en los hospitales y hasta en los cementerios. Nosotros aquí tenemos que ir extendiendo el telégrafo por donde vayamos para estar permanentemente informados de todos esos particulares”.

Pues bien, ese servicio nos fue prestado de Colón y Panamá con eficiencia admirable. Ya tendré ocasión de anotar en estas narraciones, las operaciones militares determinadas por tan importantes informes.

Con un conocimiento tan completo y oportuno de las actividades del enemigo, no cabía duda ni incertidumbre en la acción de nuestro ejército: ella era la conveniente y la precisa. Y el jefe, como un revólver amartillado, disparaba la orden y la hacía cumplir en el acto. Ni un cuarto de hora antes, ni un cuarto de hora después, para quien obra sin vacilaciones, es el secreto del éxito.

## ***Preocupación Patriótica de Herrera***

*Carta del General Herrera al Jefe Civil y Militar de Panamá propone neutralizar de la contienda las ciudades de Panamá y Colón. El General Herrera aboga por la soberanía, la integridad y la dignidad de la patria, frente a la intervención norteamericana. Cartas cruzadas entre los generales Benjamín Herrera y Ramón G. Amaya.*

Por los datos recibidos de nuestro admirable servicio de información de Panamá, nos dimos cuenta de que el efectivo del gobierno disponible en la ciudad hubiera sido presa fácil para nuestro ejército, pero por la razón anotada —la prevención americana la ciudad era intocable para nosotros.

El general Herrera quiso aprovechar el desconcierto allí reinante por la muerte de jefe tan distinguido como Albán y por el hundimiento del “Lautato”, y apelar al patriotismo de los dirigentes de las operaciones oficiales, con la siguiente nota encaminada a procurar resguardo contra un peligro internacional; pero el jefe civil y militar del departamento, con vergüenza o sin ella, se sentía tranquilo con la protección extranjera y no atendió la excitación.

La nota referida fue del tenor siguiente:

“República de Colombia. —Dirección de la guerra en el Cauca y Panamá.  
—Delegación del Director general de la guerra.

—Cuartel generalísimo en Chame, febrero de 1902.

—Señor Aristides Arjona, jefe civil y militar del departamento de Panamá, nombrado por el gobierno del señor Marroquín. —Panamá.

Los últimos sucesos cumplidos en este departamento y en el resto del país, que muestran el impulso y la eternidad de una revolución a que se ha querido quitar toda esperanza, con todo lo cual se ha puesto de manifiesto una vez más que las ideas se yerguen soberanas cuando se las tiene ya por cubiertas con la loza del sepulcro, deben hacer reflexionar al gobierno respecto a la adopción de otros recursos, para poner fin a una guerra en cuya solución han sido ineficaces, respecto de los ánimos, las nunca convincentes imposiciones de la fuerza.

El antecesor de usted, también persona de pensamiento culto y de visión clara, por reclamos del patriotismo o por clarividencia de estadista, debió de comprender la urgencia de llamar a la cordialidad a todos los colombianos, cuando este campamento dirigió a varias personas su opúsculo titulado “Proyecto de Constitución presentado al estudio de los republicanos en Colombia”, que tantas increpaciones hace al actual régimen político de Colombia —causa eficiente de todos nuestros males colectivos—, con la siguiente sugestión autorizada de su puño y letra y que es tanto un programa como una promesa:

“Las reformas indicadas en este proyecto ¿no podrán servir para un acuerdo que ponga fin a la guerra?”.

Con esta comunicación coincidieron las que recibí de otras partes, dándome noticias de los preparativos del general Albán para venir a atacar la flotilla revolucionaria del Pacífico, y la aprehensión que para tal efecto hizo de un buque extranjero, contra la protesta de sus voceros naturales, los representantes de Chile, dando así ocasión a probables y muy serias reclamaciones en el caso de que aquella república se estime lesionada en su honor y en sus intereses, o los Estados extraños en la solidaridad internacional del respeto a los derechos de neutrales.

No pude, de consiguiente, iniciar con el general Albán alguna negociación que en las actuales circunstancias y por antecedentes humildes, pero dignos, de parte de mi persona, debía tenerse como inspirada por el patriotismo, jamás por el temor.

Las nuevas circunstancias, favorables todas de mi parte, lejos de desviarme de propender por todo lo que nos lleve a sustituir la cordialidad al exterminio, me inducen a hacer de mi parte cuanto en bien de Colombia me inspira un sincero y vehemente patriotismo.

Las disposiciones del señor general Albán, a que le he llamado la atención y que tienen la fuerza del alto prestigio que disfruto en el gobierno, concuerdan con las del señor general R. González Valencia, corifeo conservador, de la misma sino de mayor influencia que tiene esa causa en nuestro país, según se ve de unas al parecer sugerencias sobre arreglos, que contiene una carta de él publicada en "El Cronista", de Panamá, el 23 de diciembre de 1901.

El mismo señor Marroquín comprende que no es camino bueno por el que va, aunque lo llevara al triunfo, cuando hace promesa de no hacer jamás uso en la paz de facultades que lo revisten de una efectiva dictadura. Esa promesa es el signo del combate interior de una alma honrada, pero tímida, a quien la presión de las exigencias de partido lo llevan a injusticias que la historia no puede absolver.

Ahora bien, principalmente para la vida de los pueblos, antes que de la voluntad de los mandatarios debe desterrarse la dictadura del estambre de las instituciones.

Para un criterio recto y verdaderamente republicano, ¿cómo puede tener por excusable y menos por bueno el sistema de gobierno que impone muerte o servidumbre a la mitad cuando menos de los gobernados, es decir, de quienes constituyen la autoridad para aplicarla solamente en el sentido del derecho?

¿Qué justificación histórica puede tener el que se acabe con el patrimonio y el porvenir de la nación por no otorgar reformas que respondan al clamor de los pueblos, ni dar a la opinión el influjo que ella merece?

En estos momentos, ¿no está el gobierno con la desesperación de un taur, comprometiendo lo que puede obtener del Canal, es decir, el porvenir de cien años del país, ya que no ha habido cosa que no malbarate, renta que no comprometa, bien futuro que no descuenta, papel que no haga recibir por fuerza como valor?

Con una escuela de tres años de guerra sin cuartel, ¿qué puede quedar en las masas de una incipiente educación política; qué aliciente en unos para la industria, qué disposición en los más para el trabajo, y cómo puede tenerse por defensor de derechos quien los ha atropellado todos, desde la vida en gentes a quienes recluta hasta la propiedad que no ha sido aun creada, imponiendo así una servidumbre para las generaciones futuras?

Llamo a usted la atención a estas cosas para que las medite, no con ánimo de hacer recriminaciones, ni de enconar ánimos, sino para que pese males que un rayo de luz, una hora de sinceridad puede conjurar. Es menor sacrificio para la conciencia y para el país el poner corto a tamaños males, que el renunciar el señor Marroquín y sus adeptos a satisfacciones de amor propio, por decir lo menos.

¡Hagamos república, hagamos patria, hagamos el hogar común amable como la casa paterna no temible como los presidios!

Pero si no hay campo para eso, que tomaría en sonrisas las lágrimas, en esperanzas las desesperaciones y en prosperidad las ruinas, hagamos algo que nos libre de afrentas que son comunes y de dar por algo menos que el plato de lentejas bíblico y para necesidades, no del hambre sino del odio, lo que es el viático de su engrandecimiento para Colombia la desgraciada. Ese es cuanto a la línea de conducta militar el objeto con que envió un parlamentario.

¿No es cierto que es algo más que una vergüenza, una afrenta imborrable, el que tropas extranjeras vengan a pisar territorio nuestro para “otorgar” garantías que sólo a Colombia incumbe dar? Usted y todos los militares de honor y con ellos todos los patriotas, ¿no hemos sentido el más angustioso de los sonrojos con la lectura del cable en que de Nueva York se transmite la noticia de que el gobierno de Colombia ha solicitado y obtenido la seguridad del gobierno americano de que “éste no permitirá” el ataque a Panamá? Y ¿no es verdad que sobre el quebranto a nuestra dignidad

colectiva, sobre la humillación de una soberanía sometida a tales horcas caudinas, a ningún colombiano se oculta el precedente que se sienta y el apetito que se halaga?

Pues bien, cortemos siquiera esas cosas y demos al mundo ejemplos que nos hagan tener por civilizados, sin embargo del desprestigio de nuestros gobiernos y de nuestras guerras en el exterior. Neutralicemos de la contienda las ciudades de Colon y Panamá y la línea del ferrocarril, haciéndolas para uno y otro intocables.

Ese proceder caballeroso, llevado a una contienda colectiva, nos levantaría en el concepto del mundo civilizado y nos premune de peligros que son comunes y cuya conjuración es igualmente deseable por quienes, a pesar de la diferencia de criterio que nos deslinda en partidos, queremos mantener siempre en alto, sagradas e inviolables como el pudor materno, la soberanía, la integridad y la dignidad de la patria.

Lleva esta nota el sargento mayor Julio Castillo, en la confianza de que gozará de todas las garantías de parlamentario; se dirige principalmente no al enemigo irreconciliable, sino a hermanos, cuyo desvío puede quedar acabado con el reclamo de la madre común a quienes no ponen de parapeto el cuerpo de ella para defenderse de los golpes de un adversario; tiene más bien un carácter íntimo en que la manifestación de males es mortificante para quien la hace, porque no quiere hacer increpaciones, sino llamar la atención hacia la necesidad de los remedios.

Aparte de estos importantísimos particulares, lleva el parlamentario la solicitud de varios jefes principales conservadores, prisioneros de mis fuerzas, para que se promueva por usted el canje de ellos, cosa a que estoy dispuesto y que se puede arreglar, como en vez pasada, por medio de comisionados que en esta ocasión determinarían la forma y el tiempo en que se cumpliría el canje y aun el personal por que se hiciera, ya que de Panamá no aceptaron la gracia, según nos manifestó el señor Albán, sino unos pocos de los que estaban prisioneros en su poder, y claro es que buscamos para mejorar su condición los firmes y entusiastas, o los que sufren por purgar su voluntad incontrastable de servir, no a quienes se muestran remisos o renuentes.

En espera de una respuesta inmediata, me suscribo de usted atento servidor y compatriota.

BENJAMIN HERRERA.

Chame, febrero 3 de 1902.

Señor general Ramón G. Amaya—Panamá.

Mi muy estimado amigo:

Con verdadera complacencia me he impuesto de tu venida a Panamá en puesto en que ejerces muy merecida influencia.

Luchas tú, como lucho yo, cada cual por su causa creyendo así servir mejor los permanentes intereses de la patria, de modo que encaminados a un mismo objeto, podemos ambos y con nosotros quienes pongan esa madre común por encima de todo otro interés, atender a una misma invocación.

Aun siendo, como somos, adversarios políticos, no es extraña la complacencia que siento porque vayas acrecentando tu prestigio en el partido en que estás afiliado, porque siendo natural la diferencia de opiniones que caracteriza la escuela liberal y la conservadora, gusto de entenderme con quienes se distinguen por honorables y sinceros y la diferencia de apreciación en cuestiones sociales no va hasta imponerme el desvío de las afecciones

Tú que me conoces mejor que nadie o tanto como el mejor, puedes tener la seguridad de que el paso que doy con las notas que hoy dirijo, atiende a un bien nacional y que la exposición que me he permitido acerca de algunos males, la juzgué imperiosa para llamar a compatriotas a la reflexión y que ni remotamente se dirige a mantener vivas heridas por donde se va escapando, con perjuicio para todos, la escasa sangre, en hombres y en riqueza, que le queda al país.

Te desea buena salud tu amigo afectísimo,

*BENJAMIN HERRERA*

Panamá, febrero 7 de 1902.

Señor general don Benjamín Herrera - Chame.

Mi estimado amigo:

Ha sido en mi poder tu carta muy apreciable, de fecha 3 de los corrientes, que contesto con verdadera complacencia, pues si bien luchas tú, como lucho yo, por principios que nos seducen, aun cuando divergentes, no son ellos bastantes para entorpecer relaciones de amistad, simpatías y cariño que se anidan en nuestras almas desde sus primeros albores; y si bien lamento, como el que más, las desgracias y calamidades que sobre la patria pesan, juzgo que ellas vienen de lo alto, en castigo justo de pecados que es

justicia castigar, y que los hombres no somos sino elementos de esa justicia, de ese castigo; pero también creo que bien podemos morigerar, ya que no exterminar tal azote; y me complazco en manifestarte que por mi parte, según costumbre, haré cuanto me sea dable con tal fin.

He visto la exposición que dirigiste al señor doctor don Aristides Arjona, secretario de gobierno, encargado de la jefatura civil y militar del departamento; y ¿por qué no decírtelo?, en ella encontré rasgos de nobilísima sinceridad, de patriotismo acendrado y de honradez acrisolada, y no me explico, sino por las diferencias en la práctica; cómo sea posible que quienes abrigan tales ideas, y yo entre ellos, volemos a los campos de matanza y exterminio a dilucidar con las armas las bellezas de tales principios.

Yo, soldado oscuro, sólo tengo una misión que llenar, y a ella atenderé. Hombres de ciencia e ilustración decidirán lo conveniente sobre asuntos de alta política.

Me será grato el saber que te conservas bien de salud, y que siempre me considerarás, tu amigo afectísimo,

*RAMON G. AMAYA.*

También por el servicio de información de Panamá, supimos oportunamente la orgullosa y altiva respuesta que dio el ministro de Colombia en Washington doctor José Vicente Concha, a la orden terminante del gobierno de Bogotá, para que solicitara del americano tropas suyas con qué defender la línea férrea y las ciudades terminales.

Ese mismo servicio nos procuró conocimiento de las gestiones del gobierno para obtener de Chile el buque de guerra "Presidente Pinto". Hacia el 10 de febrero nos informó que ese crucero de guerra, ya del dominio colombiano, saldría el 12 para Panamá. El contrato respecto de él fue luego deshecho por rechazo del congreso chileno, pero en el momento en que recibimos la noticia de la compra la tuvimos por segura para proceder en consecuencia.

Al crucero mencionado lo habíamos conocido en la rada de Guayaquil y era instrumento bélico abrumadoramente incontrastable para nuestro "Padilla". Calculada la marcha, Herrera consideró que hacia fines de febrero podía estar maniobrando y en aguas colombianas, y que para entonces quedarían anuladas nuestras actividades marítimas y el gobierno en actitud de conectar sus ejércitos de Panamá y Aguadulce. Y por ello resolvió dar un golpe fulminante al ejército oficial de Aguadulce.

## *En marcha hacia Aguadulce*

*Las fuerzas oficiales esperan atrincheradas. El General Herrera intima una capitulación al jefe de la plaza. El General Castro se niega a capitular. Cómo transportó la artillería el general Bustamante. Castigó a los desertores; se salva la disciplina y se asegura la reparación de una falta. Disposiciones estratégicas de Herrera.*

Herrera resolvió activar preparativos para atacar lo más pronto posible al ejército de Castro atrincherado en Aguadulce, advirtiéndome que el choque habría de ser muy sangriento porque era natural que el jefe enemigo, en cerca de dos meses, no hubiera perdido tiempo, de día y de noche, en reforzar las fortalezas naturales que circundan a ese puerto y porque las circunstancias, que eran premiosísimas, no nos permitían reducir sacrificios liberales con un sitio dilatado. El problema debía resolverse en el término de la distancia. Pero desbaratado el ejército de Castro, observó, quedamos en actitud de sostener en tierra una campaña en que el gobierno no podría dominarnos por muchas que sean las fuerzas que envíe con ese fin desde el interior de la república.

Para evitar el derramamiento de sangre en perspectiva, envié una nota al jefe del ejército del gobierno en Aguadulce, general Francisco de P. Castro, intimándole una capitulación, que éste contestó de la siguiente manera:

República de Colombia—Ejército Permanente—Comandancia general de la quinta división—Aguadulce, enero 26 de 1902.

Señor general don Benjamín Herrera. —La Albina.

Acabo de recibir la atenta comunicación de usted fechada ayer, y a ella me refiero.

La muerte del benemérito general Albán, si fuere cierta, es la pérdida de un hombre que prestó inmensos servicios a la causa conservadora; pero con esto el partido liberal no ha alcanzado triunfo alguno, y si no, ¿por qué no me propone usted capitulación desde la capital del departamento? Además, “mienttas dure mi cabeza sobre mis hombros”, seré inquebrantable en el cumplimiento de mis deberes, y por lo tanto, las armas que el gobierno me ha confiado, “no seré yo quien las entregue”.

Puesto que usted tiene artillería y elementos suficientes, debe tener la esperanza de vencerme y yo la de que me ataque.

Agradezco a usted el envío del periódico “El Mercurio”.

FRANCISCO DE P. CASTRO



Es copia.

El coronel primer ayudante general.

*JOAQUIN CAICEDO ALBAN.*

Como no habíamos recibido noticias ningunas de Chiriquí ni del coronel Quintero V. enviado días antes a esa comarca, Herrera mandó con otro cuadro de oficiales y con armamento, al coronel Ramón Buendía, menos conocedor de la región, pero más experimentado en la guerra, con el título de jefe superior de la provincia, encargado, con el coronel Quintero, de organizar 600 hombres y de batir la fuerza del gobierno que la ocupaba.

Y despachada esa diligencia, todas sus actividades las contrajo a activar y realizar rápidamente la marcha del ejército hacia Aguadulce.

Resuelta la marcha e iniciado el movimiento de los batallones, salimos del “Padilla” con Herrera y Bustamante a hacer una inspección en que empleamos el día. A tiempo de tomar la escalera para salir del buque, Bustamante llama al coronel X y le ordena:

—Haga pasar inmediatamente nuestro gran cañón Maxim a tal otro puesto.

Ya al anochecer regresamos al “Padilla” y al ver que todo estaba como lo dejamos, pregunta colérico Bustamante al coronel:

—¿Por qué no trasladó el cañón?

El interpelado responde con angustia:

—Todo el día he estado en ese esfuerzo con mis hombres, pero es incommovible.

—Ustedes no sirven para nada —replica el de la orden—; miren como se hace: pongamos estos yugos al cañón; hagamos todos fuerza al tiempo, pero con brío, no como anémicos; preparado todo yo les doy la voz.

Oída la prevención: Una, dos, tres, en un minuto cambió de puesto el pesadísimo artefacto.

Bustamante se encargó de dirigir el transporte de la artillería al campo de combate. Yo quedé dos días en el puerto para desempeñar algunas diligencias con orden, una vez despachadas, de alcanzar con la mayor prisa al general Herrera. Ya en camino y a distancia no muy larga del lugar en que había acampado el ejército, con mis compañeros sentí estentóreos gritos

de mando, reforzados con enérgicas interjecciones españolas. Seguimos nuestra marcha a mayor velocidad hasta llegar al sitio de la gritería.

¿Qué había sucedido? Que los seis cañones conducidos bajo las órdenes de Bustamante se habían atascado en un profundo fangal; que él, con el barro a la cintura, a la cabeza de sus hombres, se empeñaba en sacarlos del atoladero, y que a cada redondo viscaíno los hacía rodar uno por uno hasta ponerlos en seco.

Cuando yo pasé el fangal, y me saludé con Bustamante, me dice:

—No lo había visto a usted, pero de todos modos tiene que perdonarme las interjecciones, porque a los soldados no se les puede dar órdenes con la dulzura de las damas y usted habrá visto que un vizcaíno a tiempo les imprime más fuerza que una grúa.

Me despedí de ese jefe y seguí con la mayor rapidez a mi destino. Cuando llegué a Natá, campamento de nuestras fuerzas, sentí toque de dianas de las bandas de cornetas y vi que a carrera tendida iban muchos soldados con gran cantidad de varas de rosa al lugar de la música. Al preguntar a uno de los nuestros qué ocurría, me informó que el general Herrera había ordenado una azotaína general a todo un batallón que había desertado en la marcha, el que estaba ya capturado y listo en la plaza para imponerle el castigo.

Vuelo a donde el jefe y presa de viva inquietud le pregunto:

—General, ¿qué va a hacer con esos hombres?

—A castigarlos, porque son miserables desertores a presencia del enemigo.

—Pero por Dios, eso es una crueldad con jefes y oficiales.

—No hay cuidado: a todos los degradé a soldados rasos por orden general proclamada ante el ejército.

—Esos hombres pueden purgar en otra forma su vergüenza. Yo le prometo y soy fiador de que se portan como varones en el próximo combate.

—Bien, con esa fianza, haga usted lo que le parezca.

Hice suspender el toque de dianas; les increpé a los culpables; ante el ejército, una cobardía que era infame, pero les dije que había obtenido del jefe el aplazamiento del castigo, según se portaran en la batalla a que nos dirigíamos. En ella esos hombres pelearon como leones.

Ya he dicho en otras ocasiones que antes de todo ataque el general Herrera acostumbraba hacer muy cuidadosa inspección de las posiciones del enemigo para resolver la manera de efectuarlo.

Cuando nuestra línea de batalla, al día siguiente de la salida de Natá, estuvo extendida al frente de la del contrario y cuando Herrera hacía la inspección con unos pocos ayudantes, al llegar a la mitad de la línea a donde estaba apostado el ejército del gobierno y desde donde divisábamos a Pocri, centro el más poderoso de las fortalezas del adversario, en un expansivo acceso de entusiasmo, me abraza y me dice:

—Hemos dado con la clave de estas posiciones; al romper este fuerte partimos ese ejército en tres secciones, de modo que apenas nos quedan por ejecutar movimientos de conversión para capturarlo totalmente.

—Pero mi general, le observé, veo con el anteojo que este centro parece inexpugnable.

—Precisamente, me contestó, no ha de pasar por el pensamiento del jefe contrario que los ataquemos por aquí y uno debe adivinar lo que piense el contendor. Claro que no voy a lanzar fuerzas con la luz del día, porque nos fusilan sin misericordia, sino en un asalto en la oscuridad de la madrugada en que la sorpresa confunde y aniquila a las gentes tranquilas detrás de sus defensas.

## *La batalla de Aguadulce*

*Un ejército enemigo de frente y otro a retaguardia; el general Herrera decide desbaratar al último. Avance arrollador de las fuerzas liberales. La destrucción total del ejército enemigo. Este solicita capitulación y el General Herrera la concede en condiciones liberales. Episodios desconocidos de la batalla de Aguadulce.*

El 23 de febrero de 1902 el combate de Aguadulce se desarrolló según el siguiente parte de batalla:

Señor general Benjamín Herrera, director de la guerra en el Cauca y en Panamá. —Presente.

—Os presento en esta nota parte más bien sucinto que detallo de la batalla campal del 23 de los corrientes.

Aunque el triunfo de las armas liberales fue determinado por antecedentes que lo prepararon, en obsequio a la brevedad, prescindo de relatarlos: basta saber que teníamos un ejército enemigo de frente y otro a retaguardia, cuya agresión combinada podía ser obra de un jefe experto

contrario, y cuya incapacidad para darse mutua protección debía ser obra también de pericia en quien era y es nuestro conductor de la victoria. Resolvísteis despejar el enemigo que amenazaba nuestra retaguardia y que impedía el dominio de las ricas provincias del interior a donde podíamos aumentar nuestro personal y robustecer nuestras fuerzas.

La situación del campamento enemigo de Aguadulce, por la naturaleza de las costas y defensa de sus guarniciones hacía costosísima la realización de un desembarco; había, pues, que emprender marcha por tierra, y dejar la flotilla al frente de nuestros antiguos campamentos para no dejar conocer por el mayor tiempo posible nuestro verdadero objetivo, el cual, de otro lado, quedó oculto por el ayance de una fuerza hasta La Chorrera, que simulara el intento de agredir a Panamá.

Constituía nuestro enemigo un ejército veterano de 1.500 hombres, compuesto de los batallones 5o. de Cali, Colombia, Ospina Camacho, Ospina Rodríguez, Sánchez, Farías, 21 de Palmira y la Legión Casabianca, abastecido de todos los recursos, en posiciones que, fuertes por naturaleza, se hacían inexpugnables por sus atrincheramientos, y en lugares recorridos por jefes y soldados, en espacio de varios meses, como su hogar natural.

Movimientos preliminares de nuestras fuerzas determinaron la ocupación de dos de los pasos de un río que hubieran podido ser obstáculo de muy costoso franqueo y así vinimos a dominar la margen derecha del río Chico desde Capellanías hasta el Playón, avanzando en este punto nuestra línea de batalla al cerro de Limones y extendiéndola por la izquierda hasta la casa del señor M. Robles, a inmediaciones del Vigía.

Formaban la línea de batalla del enemigo, por un extremo, fuerzas estacionadas en toda la pequeña cordillera del Vigía, que se levanta sobre las llanuras vecinas, que extiende uno de sus extremos hasta las márgenes del río Chico bastante cerca del puerto y población de Aguadulce, y que defiende su acceso con bosques, faldas escarpadas y manglares. Otra de sus posiciones era el pueblo y las inmediaciones de Pocrí, que protegen su frente con el río que lleva ese nombre, bordeado de árboles, de barrancos y de cercas de alambre, de donde se puede disparar sin ser visto y sin quedar muy expuesto al fuego del agresor. Extendía una de las alas de su ejército hasta los cerros de Espavé, y tenía por base de operaciones la población de Aguadulce, fortificada en labor de varios meses, a muy corta distancia de Pocrí, pueblo con el cual se comunica por un carretero que va por medio de una llanura escueta y apenas dominada por ligeras ondulaciones.

Las líneas de batalla eran, pues, dos arcos de círculo que se aproximaban en sus extremos, pero el enemigo tenía fuerzas avanzadas dentro del seno de la circunferencia que formaban los dos campamentos, fuerzas protegidas por accidentes del terreno y por bosques que lo separaban de uno de los flancos de nuestro ejército.

En ese catnpo, así descrito en sus puntos más salientes, debía librarse una de las batallas más importantes de esta nuestra cruenta lucha. Allí debía cumplirse un nuevo sacrificio y levantarse el nombre de Aguadulce como una nueva deidad en el Olimpo de nuestras victorias.

De los reconocimientos que personalmente hicisteis en los días 21 y 22, comprendisteis que Pocrí era la llave de las posiciones del enemigo y que dominado el Vigía, se adquiriría también el dominio de parte de su línea de batalla; y aunque por espionaje no pudisteis tener dato cierto de la distribución de fuerzas del adversario para proporcionar el número e impulso de las nuestras, dictásteis las órdenes del caso para una batalla que consistía en atacar enérgicamente una y otra posición, asestando así golpe mortal por sitios y con audacia que impusieran al contrario; en dejar una selecta reserva compuesta de los batallones 1o. y 2o. de Artillería y Cauca y Cundinamarca, y bien guarnecido el cerro de Limones, que tanto podía servir de reserva como de fuerza de resistencia en el caso de que la agresión se tornara en defensiva. Encomendásteis la primera de estas operaciones a los generales Julio Plaza y Heliodoro Vernaza, el primero con la 2a. división del ejército del Cauca y el segundo con el batallón Gaitán, de Panamá. La segunda la encargásteis al general Pablo E. Obregón, y al coronel Federico Barrera con los batallones Azuero, Libertador y Coclé del ejército de Panamá, en cuyo apoyo siguieron luego los generales Belisario Porras y Victoriano Lorenzo, general en jefe y comandante de la 1ª. división del ejército de Panamá, respectivamente. Esos ataques estaban calculados para hacerse al amanecer en lo posible de modo simultáneo; pero dificultades invencibles del terreno retardaron un tanto el ataque al cerro del Vigía. Quedásteis vos en expectativa para atender las necesidades de la batalla y para hacer seguir fuerzas a donde fuese necesario en el momento oportuno.

A la una a.m. salió la fuerza encaminada a Pocrí y se avistó con el enemigo antes de las cuatro de la mañana, logrando arrollarlo en un combate violento que permitió la ocupación del pueblo. Desgraciadamente, sin embargo del éxito con que se cumplió esta operación peligrosa e importante, no os llegaron los avisos requeridos, y el enemigo en una poderosa concentración logró recuperar posiciones perdidas y hasta tomar algunos

prisioneros. Supísteis ese quebranto en momentos en que os hallábais con el general Bustamante cerca del río Pocrí inquiriendo afanosamente por la posición y circunstancias de la columna encomendada al general Plaza y en que atacábais una fuerza enemiga que se dirigía de Aguadulce al cerro de Espavé, extrema derecha nuestra. Se os comunicó, pues, que los generales Plaza y Vernaza con el jefe de Estado Mayor del primero, coronel Juan Jacobo Restrepo y toda su columna habían sido rechazados por fuerzas incomparablemente superiores en número, después de porfiada y sangrienta lucha. En esas circunstancias, después de una orden enviada a los generales Porras y Obregón para que precipitaran y dieran mayor energía al ataque que por su lado se había emprendido desde las seis de la mañana, os lanzásteis personalmente a recobrar el pueblo de Pocrí con el general Bustamante, el general Díaz y Morkum, con toda la reserva ya iniciada, con el batallón Zapadores y todos vuestros ayudantes de campo.

Una carga violenta, incontestable, en que a más de los jefes nombrados tomaron también parte los generales Plaza y Rafael Santos V., permitió el recobro de la población. Desde ahí en adelante el combate asumió muy seria intensidad y la batalla se generalizó.

Era de ver el avance de los nuestros con sus jefes a la cabeza por una llanura dominada por las fortalezas enemigas, jefes que en su semblante, en sus actitudes, cristalizaban en hechos el “venzo o muero” de los héroes, y que, en presencia de un inminente peligro por las simpatías del ejemplo, inspiraban a los soldados ya el arrojo temerario, ya la serenidad sonriente, que son signo y expresión del más alto valor. Ese avance fue incontenible, no dio tiempo al emplazamiento de nuestra artillería en sitios dominantes y el valor llevado a la temeridad aumentó sin duda nuestros sacrificios. Si hay algo que embriague las multitudes, algo incontenible como los torrentes, es el avance de tropas al paso de vencedores, y eso hicieron las fuerzas liberales hasta las mismas calles de Aguadulce, siguiendo paso a paso a las fuerzas enemigas, hasta donde refugiadas entre sus fortísimos atrincheramientos pudieron resistir.

Horas después, cuando la artillería colocada en buenos sitios comenzó a hacer sentir sus destructores efectos, el enemigo atrincherado en Aguadulce propuso una capitulación que otorgásteis en condiciones muy liberales y para el ajuste de la cual comisionásteis al general Julio Plaza y al doctor Carlos Mendoza. Entre tanto, los cuerpos a quienes correspondió la toma del Vigía con su jefe superior a la cabeza del general Belisario Porras, habían desalojado las fuerzas enemigas que guardaban esa formidable posición y

cuya derrota fue completada por las que ocupaban a Pocrí y por las fuerzas que sostenían la posición de Limones, a donde por su importancia estratégica se había emplazado una batería, y que a órdenes del general Francisco Serrano, a quien en esos momentos acompañaba el genetal Sergio Pérez, hicieron también su avance, arrollando al enemigo que tenían al frente.

El ejército del Cauca, a quien correspondieron principalmente los combates de Pocrí y Aguadulce, tuvo como bajas ochenta y nueve muertos y ciento cincuenta heridos. Entre los primeros, el valeroso comandante Arango y diecisiete oficiales subalternos que eran promesa de jefes expertos, muchos de ellos jóvenes que eran bellas promesas para las ciencias, para las artes, para la industria. Entre los segundos los coroneles Jorge E. Gálvez, jefe del batallón Cauca, José Félix Mata, jefe del batallón 1o. de Artillería; los tenientes coroneles Roberto Uribe, jefe del batallón Bolívar; Luis García, ayudante del jefe de Estado Mayor; Roberto Castellanos, jefe de una de las baterías; Lucindo Valderrama, segundo jefe del batallón Cauca; los sargentos mayores Miguel A. Pérez, José del C. Mena, Maximiliano Parra y treinta y cinco oficiales.

En el ejército de Panamá, que cumplió la toma del Vigía, y que sustuvo la posición de Limones, hubo cincuenta bajas entre muertos y heridos.

En el cuerpo de ayudantes de la dirección, heridos el coronel Simón Arboleda y el teniente coronel J. Santodomingo; muerto, el teniente Guerrero.

Esta batalla destruyó totalmente el ejército enemigo, del cual apenas salvaron menos de doscientos hombres con sus jefes Castro, Ortíz y Caicedo Albán, quienes abandonaron el combate en la población de Aguadulce horas antes de concluido. El resto fue muerto, herido o prisionero. Quedan en poder nuestro 700 prisioneros, en parte por entrega de los capitulados y en parte por recolección en el campo de batalla; algo más de 800 rifles, 300 cajas de municiones, dos cañones, una ametralladora, gran número de cornetas; cajas de guerra y banderas.

Hacer distinciones sería difícil y ocasionado a injusticias: quienes se hicieron notables por su arrojo, que tanto electriza y domina las masas; quienes, por su impavidez que mira sonriente los peligros y halla claridades a donde otros ven ofuscaciones; todos, todos, por el valor que tanto realza el nombre colombiano. Ambos ejércitos, el del Cauca y Panamá han refrendado en esta batalla el merecido goce de su fama, adquirida por el último en una ruda campaña de más de un año, la que el otro ha conquistado

en los combates de Barbacoas, El Morro, Tumaco y Tonosí; la que cubre el nombre de ambos en los combates navales de Flamencó y del golfo de Parita. Uno y otro tuvieron muy digno comportamiento en esta batalla, imponente por su heroicidad, magnífica por su trascendencia. Y aunque fatigue el relato de sucesos cuyo relieve lo dan ellos mismos, pero en cuya exposición debo guardar consagradas fórmulas oficiales, voy a daros cuenta de varios hechos que merecen una consideración especial y que anoto por estar acreditados con el testimonio de personas que no se manchan ni con una injusticia, ni con una calumnia.

Es el primero, la noticia que durante el mismo combate se difundió, del asesinato de tres de nuestros heridos por parte del enemigo, en el primer rechazo de Pocrí, suceso que tenía como comprobante el testimonio de varias personas y la existencia de los cadáveres con sogas al cuello, accidente ocasionado a tristezas supremas que en vez de enardecer furores y despertar bajas pasiones en los nuestros, comprometió más el empeño de los jefes y oficiales para hacer respetar la vida y la dignidad del vencido. Al teniente coronel Roberto Uribe, con dos de sus compañeros que yacían heridos en Pocrí, se le quiso rematar por un capitán Fernández y al teniente coronel J. Santodomingo que yacía en tierra con una herida en la pierna, se le disparó por un oficial un tiro en la cabeza. Esos procederes sé que merecen la reprobación de muchos de nuestros adversarios y tanto es así, que a dos oficiales enemigos debe la vida el comandante Uribe, quienes lo llevaron con el mayor cuidado y prodigándole las mayores atenciones; pero los hago presentes para que se ejerza sanción sobre quienes pongan empeño en hacer obra de fieras los siempre lamentables combates de los hombres.

Otro hecho es el denuncia venido a la dirección y acreditado con el testimonio de jefes de insospechable probidad, de personas extrañas y aun de oficiales enemigos, de que antes de la capitulación, y durante ella, miembros del ejército enemigo ocultaron piezas principales de la artillería y cantidad bien considerable de parque, que se encontró luego en las casas, circunstancias todas que quebrantaron, naturalmente, la fe empeñada en un compromiso de honor.

Tengo la seguridad de que sin embargo de esa violación del pacto, que no tiene como excusa ni un mal entendido espíritu de partido, insistiréis en otorgar las concesiones hechas. La generosidad, aunque burlada, siempre deja placidez en los corazones. Que siquiera los nobles procederes, en una patria desgarrada por la guerra, salven su nombre de las voraces llamas.



Réstame daros cuenta, de que gran parte de los prisioneros se han incorporado con entusiasmo en las filas liberales. Conscriptos por fuerza, sometidos por violencia, como a la casa paterna han entrado a campamentos que tienen por enseña una causa popular.

Hoy se prestan en los hospitales los mismos cuidados a los heridos, sin distinciones políticas. Los furores de la lucha, para bien de nuestro país, se desarmen en esos sitios de dolor que se reputan como santuario común.

Cuartel Generalísimo de Pocrí, marzo 1o. de 1901.

El primer ayudante y secretario general,

LUCAS CABALLERO.

Publíquese.

BENJAMIN HERRERA



*General  
Benjamín  
Herrera*

## La Paz de “Wisconsin”

*Las negociación preliminares. Tres días de discusiones. Consideraciones patrióticas que obran en el ánimo del general Herrera para inclinarlo a deponer las armas. Estipulaciones del tratado. El pacto reservado. La última orden generalísima: se levantan los campamentos. Pulcritud del general Herrera.*

Nosotros nos dirigimos al “Wisconsin” con la idea de acordar una Convención Nacional Constituyente ante cuya soberanía depondría nuestro ejército las armas. Por ello no fue rápido el acuerdo. Se discutió durante tres días.

En el comienzo de nuestras conferencias con los generales Alfredo Vázquez Cobo y Víctor Manuel Salazar como representantes del Gobierno, el primero, que ha sido siempre un tanto chancero, quiso impresionarnos diciendo que tenían entre Colón y Panamá un ejército que era el doble del nuestro. Pero que de asombrado cuando le dimos cuenta del registro escrupuloso que llevábamos de las altas y bajas de las fuerzas oficiales que del interior venían a Panamá, a inutilizarse en los hospitales o a concluir en los cementerios, antes de enfrentarse a nuestro ejército, perfectamente sano e indemne respecto del clima. “Vamos, pues, a estudiar la conclusión de un tratado de paz desde muy altos puntos de vista patrióticos”, les dijo Herrera.

Momentos hubo en que por razón de que la contraparte no aceptaba la totalidad de nuestras exigencias, Herrera se exaltaba hasta el extremo de romper casi las negociaciones.

Cuando quedábamos solos los parlamentarios liberales, nos decía:

“¿Cómo es posible y prudente que vayamos a entregar, a cambio de promesas, un tan poderoso ejército como el nuestro, a que ha demostrado ser invencible para el gobierno; que crece fantásticamente cuanto más lo atacan, y cuando trabajamos con excelentes fundamentos en la realización de la campaña del Atlántico que puede asegurarle al liberalismo una redención definitiva?

“¡Que enorme responsabilidad la que yo asumo ante mi partido y ante, la historia, rindiendo la única garantía efectiva de hacer cumplir el tratado!”

“General —le argüía yo—: en esta guerra ya la nación tiene quemados su capital humano y su capital financiero y económico. En vez de hombres el gobierno nos enfrenta batallones de niños, y el cambio está al 25.000 por

100. Ora nos quedemos aquí, capturando cuantos ejércitos nos manden ora realicemos el plan que usted ha venido desarrollando, al final de nuestros éxitos la patria será ya un cementerio.

“Si esta dolorosísima y sangrienta experiencia ilumina la conciencia nacional; si ella ha servido para convencer a todos los Colombianos de que no es posible la extinción de ninguno de los dos partidos históricos; sino que ambos resurgen por ser necesarios a la vida, a la unidad y al levantamiento de la patria, puede que al fin hayamos adquirido un sentido neto de paz, de avance y de trabajo, que no le cobrará a usted responsabilidades sino que le dispensará bendiciones.

“Y sobre todo, reflexione usted respecto de lo mermada que está la soberanía nacional de Colombia con la intervención americana aquí, en Panamá, donde con estos o los otros pretextos, nos impiden decidir de nuestros destinos en nuestro propio territorio. Este debate bélico nuestro va ya largo para la impaciencia de los yankees y con cualquier desliz, como usted me lo anunció, Panamá viene a ser dependencia americana.

“Y por lo que hace a la salvaguardia del pacto, piense usted en que los tratados de paz son tratados de honor y en que el honor es la garantía suprema de los pactos. Si el gobierno lo cumple, el sublime acto de patriotismo que usted consagra con su firma, en sus proyecciones benéficas se dilatará en el tiempo, según la legendaria metáfora del cura de Choquehuanca”.

Herrera, que tenía una sensibilidad patriótica la más delicada, concluyó por decirme:

“Todas las razones que usted me expone son muy poderosas, pero las supera la relativa al peligro en que está nuestra soberanía. Vamos, pues, a firmar el sacrificio, y como sin duda será a usted a quien encargaremos la redacción de lo que convengamos, en forma discreta consigne en la introducción del pacto, como motivo, la libertad para el arreglo del asunto del Canal: el tratado lo suscribimos en casa del hermano león”.

Toda la nación ha apreciado la magnitud de ese acto de patriotismo, pero sólo yo la profundidad que tuvo en su hora.

El tratado vino a concluirse en los términos siguientes:

“A bordo del buque “Almirante Wisconsin”, de la armada de los Estados Unidos, que de manera galante fue puesto a disposición de los infrascritos por el señor contraalmirante Silas Cassey para la celebración de las conferencias que han tenido por solución el presente tratado, reunidos el



general Víctor M. Salazar, gobernador jefe civil y militar del departamento, y el general Alfrego Vásquez Cobo, jefe de estado mayor general del ejército en operaciones sobre la Costa Atlántica, el Pacífico y Panamá, como representantes del señor general Nicolás Perdomo, ministro de gobierno en comisión, investido de facultades presidenciales, y general en jefe del ejército en operaciones sobre la Costa Atlántica, el Pacífico y Panamá, por una parte y por la otra los señores general Lucas Caballero, secretario de guerra de la dirección de la guerra en el Cauca y Panamá y jefe de estado mayor general del ejército unido del Cauca y Panamá, y el señor coronel Eusebio A. Morales, secretario de hacienda de la misma dirección, como representantes del señor general Benjamín Herrera director de la guerra en el Cauca y Panamá, y general en jefe del ejército unido en operaciones sobre los mismos departamentos; animados todos de sentimientos del más acendrado patriotismo para poner fin al derramamiento de sangre de connacionales, procurar el restablecimiento de la paz en la república y proveer los medios conducentes a que la nación pueda llevar a feliz término las negociaciones que tiene pendientes sobre el Canal de Panamá, han concluido el tratado que a continuación se consigna, en cuyo leal cumplimiento quedan empeñadas la fe del gobierno y la de los dos partidos militantes:

Artículo 1o. Declaración solemne del gobierno de restablecer inmediatamente el orden público en la república, excepción hecha de todos

los distritos o provincias en donde haya fuerzas revolucionarias que no quieran acogerse al presente tratado.

Artículo 2o. Libertad inmediata de todos los prisioneros de guerra y presos políticos que haya en la nación, con excepción de los que no quieran acogerse a este tratado.

Artículo 3o. Cesación consecuencial al restablecimiento del orden público en el cobro de contribuciones de guerra e impuestos extraordinarios, de todo lo cual quedan exonerados los colombianos con la excepción establecida en el artículo anterior.

Artículo 4o. Amplia amnistía y completas garantías para las personas y los bienes de los comprometidos en la actual revolución. Cancelación o anulación inmediata de todos los juicios por responsabilidades políticas, con la misma excepción de personas establecida anteriormente.

Artículo 5o. Exclusiva competencia del poder judicial para promover y hacer efectivas responsabilidades por delitos comunes.

Artículo 6o. Incorporación en los derechos y obligaciones que confiere e impone el presente tratado, de todas las fuerzas revolucionarias que haya en la república, y de las personas que dentro o fuera de ella quieran acogerse a él, y que hayan estado comprometidas en la revolución.

Artículo 7o. Conforme lo desea el gobierno y en general la nación, tan pronto como se restablezca el orden público se hará una convocatoria a elecciones para miembros del Congreso, respecto de las cuales se compromete el gobierno, valiéndose de toda su autoridad, a que se efectúen con pureza y legalidad como lo prometió el señor vicepresidente de la república en la respuesta que dio al memorial suscrito por varios liberales de Bogotá, con fecha 14 de abril del presente año. Al citado Congreso se le someterán para su estudio las siguientes cuestiones de altísimo interés nacional:

- A.- Las negociaciones relativas al Canal de Panamá.
- B.- Las reformas presentadas al Congreso de 1898 por el señor vicepresidente de la república.
- C.- Reforma del sistema monetario del país, en que tenga el papel moneda como base de amortización los proventos que derive la república de los contratos sobre el Canal.

Artículo 8o. Reconocimiento de la autoridad del gobierno por los miembros del ejército unido del Cauca y Panamá, y por todas aquellas fuerzas o personas que deseen acogerse al presente tratado.

Artículo 9o. Entrega de todos los elementos de guerra que pertenezcan al ejército unido del Cauca y Panamá en mar y tierra; entre los cuales exige el gobierno, en primer término y muy especialmente, el vapor titulado “Almirante Padilla”, con su artillería y demás elementos y enseres en buen estado.

Artículo 10o. Dicha entrega se hará por comisiones nombradas por el señor general Benjamín Herrera, a comisiones nombradas por el gobierno, en los puertos de San Carlos, Aguadulce, Chitré, Montijo, Soná, Remedios y Pedregal, en este departamento; y, en Tumaco, Barbacoas, San Pablo y Quibdó en el departamento del Cauca. Principiará a hacerse inmediatamente después de aprobado el presente tratado de paz, y no excederá de veinte días para Panamá, y cuarenta para el Cauca, el término final.

Artículo 11o. Expedición inmediata de pasaportes, para los lugares a donde los soliciten, a los miembros del ejército unido. Auxilio de marcha para los pasaporteados conforme a su categoría militar hasta el lugar de su domicilio. Los que se dirijan al extranjero, solamente tendrán esos auxilios de marcha hasta la frontera colombiana, en la vía que hayan de seguir. Los oficiales inferiores y la tropa podrán ser transportados en los buques del gobierno.

Artículo 12o. Los jefes y oficiales del ejército unido conservarán sus espadas, revólveres, bagajes de su propiedad y equipajes y las banderas, en la forma en que lo disponga el general jefe de ese mismo ejército. Es bien entendido que las banderas tomadas a las fuerzas del gobierno le serán devueltas, así como las espadas a los jefes y oficiales de la segunda capitulación de Aguadulce, que en virtud del presente tratado recobran su libertad. Los pasaportes serán expedidos en los lugares donde se haga la entrega de las armas.

Artículo 13o. El gobierno hace constar que atenderá en sus hospitales y ambulancias como a individuos de su propio ejército a los enfermos y heridos del ejército unido del Cauca y Panamá, y que tan pronto como recobren su salud, serán pasaporteados en la forma convenida.

Artículo 14o. El presente tratado requiere para su validez la aprobación del señor general Nicolás Perdomo, ministro de gobierno en comisión, y la del señor general Benjamín Herrera, director de la guerra en el Cauca y Panamá.

Para constancia se firman dos ejemplares de un mismo tenor, en la bahía de Panamá, a bordo del buque “Almirante Wisconsin”, a veinte y uno de noviembre de mil novecientos dos.

*Víctor M. Salazar, Alfredo Vásquez Cobo, Lucas Caballero, Eusebio A. Morales.*

Panamá, noviembre 21 de 1902.

Aprobado: *Nicolás Perdomo*.

Aprobado: *Benjamín Herrera*".

Se firmó al mismo tiempo un pacto reservado por el cual se comprometió el gobierno a dar el dinero con que debía pagarse el "Padilla" a la casa de Benjamín Bloom y Co., de San Salvador, sobre el concepto de que no era por vencimiento, sino por un acuerdo patriótico que poníamos fin a la guerra.

Cuando los representantes oficiales manifestaron que estaban dispuestos a entregarle ese precio, Herrera respondió:

"No, yo no lo toco. Llamemos aquí a un grupo de personas de lo más honorable que tenga Panamá, ciudad y personal que no conozco, para que reciban las letras, hagan ese pago, obtengan el finiquito, la publiquen en los periódicos de esta capital y me envíen el original a mi domicilio, que es Bucaramanga"

Así se hizo. Y en éste, como en todos los casos, tan celoso fue Herrera de su pulcritud, que habiendo impuesto en la campaña sanciones inolvidables para un hombre de honor, al doctor Carlos A. Mendoza, figura prestantísima de Panamá, me ordena en los comienzos de la campaña en ese departamento: "Nómbrelo contralor de nuestro tesoro de guerra y déle en su apoyo el respaldo incondicional de todo el personal del ejército. Quiero que sea un enemigo mío, que en su vida no apaciguará rencores, quien vigile el manejo de los fondos de que soy responsable". Y yo conservo en mi poder el libro de caja con escrupulosa especificación de inversiones y con el finiquito autógrafo del doctor Mendoza.

### **CONVENIO ADICIONAL AL TRATADO DE PAZ CELEBRADO A BORDO DEL "WISCONSIN"**

Por la presente diligencia se hace constar la siguiente convención, que es un compromiso de honor. Los comisionados del gobierno, por concesión para con la revolución, convinieron en entregar la suma de diez y seis mil libras esterlinas como precio por el "Padilla". EL general Herrera, por su parte, ha querido que ese precio lo reciban personas de indiscutible honorabilidad para que sean ellas quienes lo cubran al acreedor, señor Benjamín Bloom, con quien después de examinar el crédito que está establecido en escritura pública otorgada en San Salvador, en el mes de octubre de 1901, deben ajustar la cancelación. Esas personas designadas por el general Herrera, son: Mr. H. A. Gudger, cónsul americano, y el señor Federico Boyd, cónsul de España, quienes han aceptado la comisión. Los generales Víctor M. Salazar y Alfredo Vásquez Cobo, autorizados por el

general Perdomo, se obligan a entregar las diez y seis mil libras esterlinas referidas a los señores Gudger y Boyd en el momento en que el “Almirante Padilla” venga a poder del gobierno, en cumplimiento del tratado.

Para constancia firmamos la presente diligencia los miembros de las comisiones que firmaron el Tratado y los referidos señores Gudger y Boyd, que deben recibir el precio, a bordo del “Almirante Wisconsin”, a 21 de noviembre de 1902.

*Víctor M. Salazar, Alfredo Vásquez Cobo, Lucas Caballero, Eusebio A. Morales, H. A. Gudger, Federico Boyd.*

Panamá, diciembre 2 de 1902.

Señores B. Bloom & Co.—San Salvador.

Muy señores nuestros:

Tenemos el placer de informar a ustedes que el 21 del pasado, en la conferencia que tuvo lugar a bordo del buque de guerra americano “Wisconsin”, entre los comisionados del gobierno de Colombia y los de la revolución, para la celebración del tratado de paz, se convino por ambas partes contratantes que se pagaría por el gobierno 16.000 libras esterlinas por el valor del vapor “Padilla” al ser entregado éste a los representantes del gobierno. Se convino, además, que dos personas respetables de esta ciudad fueran nombradas para recibir dicha suma y pagarla después a ustedes como acreedores, según escritura pública otorgada ante el notario en San Salvador en octubre de 1901, previa la debida cancelación de dicha escritura.

Los suscritos fuimos nombrados por ambas partes contratantes y aceptamos el cargo.

No podemos decir a ustedes cuándo será entregado el “Padilla” al gobierno, pues actualmente se encuentra en Chiriquí, como a trescientas millas de aquí. Tan luego se efectúe la entrega deberá pagársenos el dinero; mientras tanto, para facilitar el arreglo del asunto, sería conveniente que usted mandara a uno de nosotros, o a alguna persona responsable conocida de usted en esta ciudad, la escritura arriba mencionada y el respectivo poder de ustedes para hacer la cancelación.

Puede usted confiar en que nos tomaremos todo empeño a fin de que la transacción sea hecha de la manera más satisfactoria para los interesados.

Le avisaremos por cable enseguida recibamos el dinero que está ya en nuestro poder.

Quedarnos de ustedes atentos seguros servidores,

*H. A. Gudger, Federico Boyd,*



## ACTA DE CANCELACION

He convenido con los señores F. A. Gudgery Federico Boyd, de esta ciudad, en recibir en pago del crédito de £ 16.000.00, valor en que fue vendido el vapor "Fry", después "Almirante Padilla" por los señores E. Bloom & Compañía, al general Benjamín Herrera, según escritura pública número 35, otorgada en San Salvador el 21 de octubre de 1901, cedido a mí luego después, según consta en la presente escritura número 358 extendida también en San Salvador y de fecha 28 de diciembre del año último en la suma de £ 16.000.00.

Esta suma me ha sido entregada ahora a mí, en presencia de los testigos señores Félix Ehrman y G. Eisenman, en sesenta y cuatro letras de cambio a treinta, sesenta y noventa días vista, giradas por los bancos y casas de comercio de Medellín a cargo de varias casas de comercio de Londres, endosadas por el señor Administrador de Hacienda Nacional de esta ciudad, según consta en la lista detallada adjunta.

Hago, pues, por la presente y en virtud de este convenio, como único y verdadero dueño del mencionado crédito a mí cedido, completa cancelación de él y formal renuncia a todo reclamo que pudiera haber por la diferencia entre el precio en que originalmente fue vendido el referido vapor "Fry" o "Padilla" y la suma que ahora he recibido (es decir, £50.000, menos las £4.000 que entregó el general Herrera a Bloom a cuenta de esa suma) y doy al mismo tiempo por cancelada completamente la presente escritura - de fecha 28 de diciembre, igualmente la anterior que precedió a la presente, relevando de una vez y por siempre al señor Benjamín Herrera de toda clase de obligación que pudiera tener en este asunto.

ANTONIO B. AGACCIO.

*(Firmados), Félix Ehrman, G. Eisenman.*

ORDEN GENERALISIMA del 22 de noviembre de 1902.

### Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Jefes, oficiales y soldados del ejército unido del Cauca y Panamá.

Habéis empuñado las armas con el objeto de obtener reformas en la vida política y civil de la nación. En vuestro nombre las he alcanzado en un documento de los más solemnes y por tanto de los más obligatorios que se

hayan firmado en Colombia: el tratado de paz nacional que leeréis a continuación.

Habéis representado y teníais título para ello, al liberalismo, en un acto de un valor histórico eterno. Erais los únicos luchadores ya en el país, pero estábais a la altura de vuestros compañeros en la nación y conservábais toda la altivez, toda la energía de una causa noble y santa.

Puesto que habíais renunciado a vuestras personas para luchar por cambios institucionales, vuestras exigencias han sido a favor del partido y en bien de la nación.

La otra parte contratante reconoce vuestra justicia al consentir en vuestros reclamos; vuestra altivez, que es orgullo patrio, al dejaros como presea todas vuestras insignias de honor.

Hoy al disolveros en cumplimiento de un tratado de paz, volvéis a hogares, volvéis a labores, que están al amparo de las más firmes garantías en un pueblo culto: la promesa de la ley y la promesa de honor de los mandatarios, hecha en forma la más sagrada y solemne.

El honor patrio está empeñado en dar a ese pacto el leal cumplimiento que reclaman la dignidad y la cordura de los pueblos civilizados. Habéis hecho confianza de quienes teníais por enemigos; ellos con su conducta van a demostrar que los pasados desvíos no obstan para que al fin nos reconozcamos como hermanos. Aquí con la nobleza de proceder, obligan la razón y las eternas conveniencias del país.

¡Bienvenida sea, la paz! Ella será fruto de bendiciones en cuanto todos contribuyamos con los mejores sentimientos a no renovar causas que llevaban a un suicidio nacional.

Me despido de vosotros en esta última orden generalísima con sentimientos mezclados de satisfacción y de pena; me regocijo con que volváis al seno de vuestras familias; me apesadumbro con vuestra separación después de una fraternidad y de una vida común que hace de los extraños, miembros de la propia familia.

Al volver a ser ciudadanos de la Patria, por la garantía de vuestros derechos, grande será el concurso que para su engrandecimiento prestaréis con vuestras facultades, con vuestras virtudes y con vuestras energías. Adonde quiera que vayáis os sigue el reconocimiento del partido cuyos fueros asegurasteis; de la nación, por cuyo bien habéis tratado, y el recuerdo de quien fue vuestro jefe y en todo tiempo es vuestro amigo.

*BENJAMIN HERRERA*

Dada en el cuartel generalísimo de Pocrí a veintidos de noviembre de mil novecientos dos.

El general jefe de estado mayor generalísimo,

*LUCAS CABALLERO*

CABALLERO, Lucas. *Memoria de la Guerra de los Mil Días*. Ancora Editores. Bogotá, Colombia, 1980. Talleres Editográficas. (Asistente del General Benjamín Herrera en la campaña del Istmo).

## **CAPÍTULO CUARTO**

---

### **4. PRESENTACIÓN DE LOS DOCUMENTOS SOBRE EL FUSILAMIENTO DE VICTORIANO LORENZO**

**Por: Jorge Conte Porras.**



***Nota de Victoriano Lorenzo al Vice-Presidente de la República de Colombia, informándole que los indígenas campesinos, solicitan que los represente ante el Presidente de Bogotá, mediante un memorial que ellos enviaron a Victoriano***

Excelentísimo Señor Vicepresidente de la República

Bogotá

Con el debido respeto, tengo el honor de manifestar á S.E. que los Señores indígenas del distrito de Penonomé me han recomendado para que personalmente me presente á informar a S.E. como los tratan los Señores Regidores y Alcaldes de este distrito, y por falta de recursos no he podido en persona ir á la presencia de S.E. y para cumplir fielmente con esta recomendación, he tenido por conveniente enviar á su Despacho este memorial acompañado del otro en que me autorizan para dirigirme a S.E. con una lista además donde figuran varios vecinos indígenas de la Provincia con el fin de que S.E. les conceda efectivamente y les asegure varias garantías en su Gobierno, como son: Consumo privado de ambos ganados vacuno y de cerdo y que el trabajo personal; subsidiario sea cumplido, como antes en las vías de comunicación. Otro motivo que origina enviar este memorial a las poderosas manos de S.E., es: que los indígenas son casi pobres de solemnidad y muy sencillos de razón, y así varias autoridades de la Provincia, como Regidores y Alcaldes les exigen multas y trabajos muy fuertes en un puesto nuevo que se está haciendo. Del Sr. Prefecto actual no hay queja.

También ha ocurrido otra cosa por varias indisposiciones, tanto del Sr. Vicario y varios personajes mas al llegar Su Señoría Ilustrísima de Aguadulce á Penonomé. Digeron estos señores á S.S. Ima. que para hacer cumplir á los indígenas con mas prontitud, era mejor que quedaran gobernados por las autoridades civiles de la cabecera del Distrito, y como en esa hora no se hallaba ningun indígena en el mismo gobernador de ellos, dijo Su Sria. Ilma. el obispo que así quedarían. Hoy están, los pobres indígenas sin su gobierno local de tradición, desde el mes de Febrero del corriente año, y como esta autoridad ha sido anteriormente permanente entre su raza, así se han gobernado siempre, lo cual me es grato comunicárselo a S.E. para que se sirva proveer en estos casos lo conveniente, aunque varios del Distrito Cabecera de Penonomé dicen que los indígenas nada hacen con pedir protección ante S.E., porque no los oye debido á que son tan ignorantes que no pueden hablar con la gente ni saben dirigirse á ninguna persona, mucho menos al tratarse de S.E. Yo, que soy el que mas razono y tengo un

poquito de mas facilidad para entender lo bueno y lo malo, me tienen calificado por el delito de estafa, no siendo así la cosa; yo sí he recibido; es verdad, algunas pesetas de los indígenas, pero ha sido por su voluntad por lo que me las han dado sin ninguna exigencia de parte mía.

Tambien varias autoridades dicen que cada una de ellas manda en su Pueblo y que ellas se gobiernan por si solas y nada tienen que hacer con lo mandado por las autoridades de Panamá. En esto demuestran que mucho menos cumplen con lo que mande el Poder Ejecutivo. Los pobres indígenas están sumamente mal, no están un momento tranquilos, los persiguen con guardias de Policías para hacerlos trabajar forzosamente.

Esta es la causa en que me hallo para dirigirme á S.E. con el objeto de que me resuelva lo que fuere de razón y se me envíe á mí la correspondencia por correo y por conducto del Señor Prefecto de Panamá; y lo pido así, porque la resolución recaida al Memorial que se elevó a esa Superioridad en Diciembre 20 de 1897 fué remitida al Señor Prefecto de Coclé y no se ha tenido conocimiento de ella hasta hoy.

Si no fuere molestia para S.E. le suplico me haga el favor de proporcionarme para el mejor acierto en el mando un reglamento.

Quedo así, esperando de S.E. su muy alta resolución, siendo de S.E. su muy humilde SS. y que Dios guarde á S.E. muchos años.

Panamá, 7 de julio de 1899.

(fdo.) Victoriano Lorenzo

Folio 280 y 281

## *La Justicia del General Victoriano Lorenzo*

En la ciudad de Panamá, a los nueve días del mes de Octubre de milnovecientos uno, compareció al Despacho del Señor Comandante, el Señor Franklin Rivera á quien se le recibió juramento en la forma legal dijo que llama como queda dicho, de veinte y un años de edad, casado, de oficio Comerciante, natural y vecino de Taboga y católico. Preguntado para que diga por que fué detenido el bote “Sinai” en Chame, y por quien, contestó: que el bote “Sinai” fué tomado en Capira y conducido a Chame por orden del Coronel Olimpo Juvenal Silva de la Vega y que el motivo fué segun le dijo de la Vega, porque había recibido correspondencia de Taboga en que le avisaban que el bote de Merchor Rivera (Conservador) á cargo de su hijo que es el exponente iba para esa, y que además necesitaba el bote para el desembarque de las cosas que esperaba en el “Momotambo” al cual no llegaron á ocupar: que quien capturó al exponente en Capira, fué el Teniente Alverto Recuero con diez soldados; que el exponente le dijo á Olimpo que la carga que tenía el bote no era de su papá, sino del italiano Leopoldo Canavol á quien el General Papi Aizpuru hizo darle cien palos porque había sabido que Canavol había estado en Panamá y Taboga hablando mal contra la revolución; el siguiente día Papi quiso aplicarle al italiano otros cien palos, pero se opusieron los demás Jefes, por lo que sobre vino un desacuerdo entre ellos; que Victoriano Lorenzo destituyó a Papi del cargo de General de División, por causa de lo que hizo con el italiano Canavol, y que luego Papi estando en la Chorrera yá, trató de declararse Jefe Civil y Militar y desconocer á Victoriano Lorenzo y á Olimpo Juvenal Silva de la Vega; que Olimpo fué quien dispuso de la carga que conducía el bote “Sinai” que correspondía á Don Leopoldo.

Preguntado para que diga que sabe Usted de la situación y planes de los revolucionarios por aquellos lados contestó: que sabe que el quince de setiembre y procedente de Nicaragua, llegó al puerto de San Carlos el vapor de guerra “Momotombo” conduciendo la invasión que trajo el Jefe Civil y Militar Don Domingo Díaz; que el declarante no vió la gente cuando llegó, pero que oyó decir que eran como doscientos, entre los cuales conoció después á dos que eran nicaragüenses, uno de ellos pariente del Presidente Selaya, y el otro boticario y los demás colombianos; que estuvieron dos días conduciendo rifles y pertrecho de San Carlos á Bejuco y oyó decir que habían traído quinientos mil tiros y dos mil remingtons; que tienen tres clases de armas: remington reformado, remington viejo y mauser; que tienen dos cañones pequeños en buen estado que tomaron en Perequeté, hacienda



del Señor Pedro Perigault. Que hay unos cuantos Generales: Lugo Cortizo, Herrera (Tomás), Patiño, Mina, Suviría, Nicholson y Victoriano Lorenzo, que tienen varios Batallones organizados con los nombres de: “El Indígena” que es el de Victoriano, “El América”, “Vargas Santos”, “Iturralde”, “César Conte”, “Uribe Uribe”, “Panamá” y “Asuero”; que lo dicho es la verdad y en ello se afirma y ratifica y firmando para constancia, después del Señor Comandante y por ante mí el Secretario.

El Comandante,  
(fdo) . Manuel D. Hoyos.

El Clarante,  
(fdo). Franklin Rivera B.

El Secretario  
(fdo). J. M. Díaz

Archivo Nacional de Panamá. - Cajón 866, Tomo No. 2464, Pág. 55 vta. a 60.

ddem

## ***Notas Varias sobre detención de Victoriano Lorenzo entre 1900 y 1903***

República de Colombia  
Departamento de Panamá  
Prefectura de la Provincia de Coclé

*Penonomé, Octubre 23 de 1900.*

*Señor Secretario de Gobierno  
Panamá*

*Por su digno órgano, tengo el honor de informar a S.S. el Jefe Civil y militar del Departamento, que he tenido conocimiento de que existe una partida armada de ochenta hombres al mando de Victoriano Lorenzo en las montañas de esta jurisdicción, cometiendo toda clase de atropellos. Este mismo sujeto llevó en el mes de Julio á La Chorrera una partida de hombres que fué armada y regresó con ella á éstas montañas, donde fue perseguido por una comisión que salió de esta ciudad. — Entonces dispersó la gente y escondió cuarenta y un rifles, cinco mil sesenta cápsulas y treinta y dos cartuchos de cañón vacíos, que fueron tomados y se encuentran en nuestro poder. —*

*Ahora que ha ouelto ha tomado presos á todos los indígenas que acompañaron la comisión, y á las familias de éstos. —*

*Es de advertir que en todos los pueblos de estas Provincias, los liberales están muy esperanzados en que ocurra nueva invasión, y los de alguna significación han salido á esconderse, sin saberse todavía el paradero. También hay aquí informe periódico de haber pasado para la montaña un sujeto que demuestra ser algún personaje, esquivando ser visto. Me aseguran que se llama Fortunato Escobar, y que trata de ponerse en comunicación con algunos liberales. —*

*Despaché una comisión á perseguirlo, compuesta del Teniente de policía y de dos agentes de ésta, la cual regresó hoy sin resultado alguno, y confirma los anteriores informes acerca de la partida que anda merodeando por las montañas. —*

*Con fecha 21 de éste, me dirigí al señor Jefe de la fuerza acantonada en Chame informándole lo ocurrido y pidiéndole quince ó veinte soldados para perseguir dicha partida. — El 22, recibí el siguiente telegrama: "San Carlos 18 de Octubre de 1900= Prefecto de Coclé= Penonomé= Coronel Sotomayor comunica en telegrama de hoy que el jueves 13. Victoriano Lorenzo á la cabeza de ochenta hombres atacaron en Río Indio á Carlos Martínez y casi lo matan-- Dícame que él sale á perseguirlo y que Ud. mande su vanguardia por ese lado á fin de cogerlo á dos fuegos.= Esa pandilla de facciosos están armados de escopetas.= El Alcalde, Sebastián U. Vargas".*

*También recibí con fecha de ayer el siguiente telegrama del Alcalde de Antón: "Antón 22 de Octubre de 1900= Prefecto Coclé= Penonomé= En la noche, un grupo de hombres liberales, talvez más de veinte, con gritos y escándolos frente á la Alcaldía, manifestaron intento contra el Gobierno y aún se hicieron un poco maliciosos á la puerta= Comunícole á Ud. para lo que tenga a bien= El Alcalde, Pedro A. de León".*

*Por todo esto se ve que algún acuerdo existe entre éstos y los liberales de Panamá.-*

*Dicté algunas medidas y comuniqué al Coronel Núñez á Aguadulce lo ocurrido.-*

*Como aún no me ha sido posible reintegrar la Policía porque no se encuentra quien quiera seroir y el Coronel Núñez apenas tiene lo indispensable para custodiar el parque que se encuentra en aquella plaza, creo indispensable el enoio de veinte ó veinticinco individuos de tropa á esta Cabecera, siquiera mientras regresa de David el piquete de veinticinco hombres perteneciente á la Columna Campo Serrano, de estas Provincias que fué en comisión en los primeros días de Julio.-*

*Como dentro de poco la comunicación telegráfica entre ésta y esa ciudad debe estar corriente, en cualquier momento en que esa fuerza se necesite en otra parte, podrán transmitirse en oportunidad las órdenes del caso.-*

*Hoy he recibido el siguiente telegrama: "Prefecto= Penonomé= Aguadulce 23 de Octubre 1900= Movimientos revolucionarios de la montaña no son hechos aislados- En la Provincia de Veraguas hay fuertes conatos subersivos y alarmas fundadas por todas partes= Manténgase como en campaña, y organice como le he dicho, vigilancia con empleados públicos.- Procure capturar á algunos de los sediciosos de Antón para establecer precedente saludable.- No deje sin fianza ningún liberal que pueda pesar algo.- Procure que no pase el día de hoy sin que la presien aquellos que faltaban todavía= José Ma. Núñez R."*

*Acabo de obtener el siguiente informe, respecto de la partida á que me vengo refiriendo: "Los individuos son de sesenta á ochenta; hay entre ellos algunos nicaraguenses y cartogeneros y aguardan un armamento que mandaron buscar al Arraiján donde lo tienen escondido, para venir sobre esta plaza".*

*Dios guarde á Ud.*

*(fdo.) M. Pinzón*

*República de Colombia  
Departamento de Panamá  
Secretaría de Gobierno*

*Sección Primera  
Ramo de Justicia  
Número 1118*

*Panamá 17 de Diciembre de 1902*

*Señor General Comandante General  
del Ejército en Operaciones sobre  
la Costa Atlántica*

*Presente.*

*Como en este Despacho se tiene conocimiento de que á bordo del crucero nacional "Bogotá" se encuentra en calidad de detenido el sindicado por varios delitos cometidos en cuadrilla de malhechores, Victoriano Lorenzo, tengo á honra transcribiros para vuestro conocimiento y fines consiguientes, el Oficio número 833, que con fecha de ayer, me dirigió el Señor Juez Superior de este Distrito Judicial, que dice así:*

*"Habiéndose decretado por este Despacho la detención provincial de Victoriano Lorenzo, sindicado por delitos cometidos en cuadrilla de malhechores y teniéndose conocimiento de que dicho individuo se encuentra á*

*Vovedas de Chiriquí Febro 23 de 1903.*

*A S. Sa el Gobernador del Dpto.*

*P.*

*El que suscribe con el mayor respeto a S. Sa muy atentamente, suplico: en virtud que mi recomendado ha hecho saver su respetuosa autorización, para que mis cosas fueran entregadas á él, y viendo que el revolver es el único que se han negado a entregar y está en poder del Teniente de la Policia Torres, segun este dió á mi recomendado Señor Manuel S. Paviche, razón que era un revolver mugriento, yó sea como esté, lo necesito por ser como antes he dicho, de mi propiedad.*

*Aguardando de S. Sa se sirva tener en cuenta que si dicho individuo que lo tenga y no quiera entregarlo, que le entregue a mi recomendado cuarenta pesos, que es lo que me importó el revolver. Suplico también a S. Sa tenga la condesendencia de disimular mi importunidad que le doy en tan pequeña y sencillas cosas pero mi situación asi me lo permite.*

*Soy del Señor Gobernador con todo respeto muy humilde y S. S.*

*(fdo) Victoriano Lorenzo*

Escrita por Victoriano Lorenzo, desde las Bovedas de Chiriquí, solicitando al Gobernador del Departamento, le sea entregado su revolver personal a su amigo Manuel Paviche o si no el valor del mismo que fueron 40 pesos.-

Departamento de Panamá  
Comandancia General del  
Cuerpo de Policia Departamental.

Panamá, 4 de Marzo de 1903.

Sr. Secretario de Gobierno

P.

Como resultado de las averiguaciones practicadas en cumplimiento de lo dispuesto por U. en su atento Oficio No. 328, de la Sección 2a, Ramo de Negocios Generales, fechado el 27 de febrero último, tengo el honor de informarle que el revolver de Victoriano Lorenzo se encuentra depositado en esta Comandancia á la disposición de ese Despacho.

Incluso a la presente devuelvo a U. el memorial del referido Lorenzo.  
Dios Guarde a U.

(fdo) Firma ilegible

Departamento de Panamá  
Comandancia General del  
Cuerpo de Policía Departamental.

Panamá, 5 de Marzo de 1903.

Señor Secretario de Gobierno

P.

Tengo el honor de informar á Ud. que se ha entregado al Señor Manuel S. Paviche el revólver del Señor Victoriano Lorenzo que se encontraba en calidad de depósito en esta Comandancia.

Me refiero al atento oficio de Ud. marcado con el N° 343, de la Sección 2a, Ramo de Negocios Generales, fechado ayer

Dios guarde á Ud.

(fdo) Firma ilegible



Presidio de Panamá Marzo 4 de 1903.

Señores Gobernadores, Alcaldes Rejidores y Comisarios indigenas, de los Distritos, Capíra, Antón, Penonomé la Pintada, Olá y Donoso.

El suscrito detenido en el presidio de esta ciudad, con el mayor anhelo manifiesto á Udes; que en ningun asunto que emprendan contra el Gobierno algunos liberales de los que en ese interior han quedado desbandados despues del 21 de Noviembre último, en que fué firmado el tratado de páz, por los Jefes del gobierno y los de la rebolesión; tomen Udes participación ninguna.

De este modo serán Udes salvos de responsabilidad, yá como auxiliares é incubridores, protectores de alguna cuadrilla que piensen reunirse por esos lugares, por inútiles, vagos y saqueadores, que no se hallan en capacidad de trabajar honradamente, no sabiendo que la cuadrilla de malhechores se castiga severamente.

Atender á mí advertencia queridos amigos y cooportunarios y os hallareis libre de toda responsabilidad y de tortura en el paso de la vida Udes á catando á sus propios trabajos, tendrán por el Gobierno toda garantía en su personas, bienes e intereses y propiedades que es lo que debe ambicionar toda persona pobre y libre, sostenerse con el asiduo propio de su trabajo.

Basta señores míos; que en esta Capital S. Sa el Gobernador del Departamento y las de mas autoridades Judiciales, son muy dignos Justicieros y apresiadores, de los que saben respetar y obedecer á las autoridades de su mando.

Acudir á la agricultura, que es la prosperidad de los pobres y el bien de toda familia, procurar la armonía con sus vecinos ayudarse en sus trabajos mutuamente y os prosperareis con vuestros hijos en el porvenir de vuestra vida.

Toda persona que por esos lugares les cobre empréstitos contribuciones haciéndoles creer, que yo les autorizo para que les exijan dinero no hagan caso de esos cobros, por que todo es falso yo nó he recomendado á nadie para que abusen de su inorancia ni consiento que ninguno les estafe á mi nombre.

Toda persona que llegue por esos lugares armada y equipadas, udes queridos amigos están en el deber de denunciarlos y valerse de algun medio ó hastusia, para capturarlo y ponerlo á disposición de la autoridad mas inmediata; llevando á la vez las armas y equipo de los denunciados ó capturados, y de este modo se hacen udes acreedores a las mayores consideraciones, de las autoridades del Gobierno.

Lomismo tengo mucho gusto en hacerles conocer que en todo tiempo y en todas partes no dejan de haber hombres fanaticos y envauscadores que con mentiras toman el nombre de frailes y hasta del Mesías, para engañarlos y hacerles creer con sus mentiras que deben seguir sus maximas, dejandose crer de sus mentiras.

Recomiendo á Udes que no entren en ninguna conuinasi3n en asuntos de tal naturaleza y que yo les dejo apuntadas, toda la república está en páz y el Gobierno tiene muy buena intensi3n de ampliar y hacer cumplir, por medio de sus agentes todo derecho y contrato, que fue celebrado en el tratado de páz de que les hecho menci3n.

Cuando yo les llamé á la guerra había raz3n para concurrir á los campamentos á defender nuestro partido; pues entonces teniamos un Jefe

supremo á quien obedecer, que era el General Vargas Santos, y la persecución de nuestros enemigos políticos nos obligaron mas á concurrir á nuestras filas hoy que todo está en páz gracias á la divina providencia, que haya querido el Gobierno ofresiendo toda garantia á los rebolucionarios, para que la guerra se terminara ofresiendo nosotros á exponer las armas, como asi lo hicimos los que deseabamos la tranquilidad y el bien estar de nuestras familias.

Apesar de no haber yó gosado de las garantias que el Gobierno ofreció á todo el que se acogiera al tratado de páz ya citado; motiva acusaciones falzas de enemigos personales de la Provincia de Coclé, pero queridos amigos y compartidarios, ya se llegará el dia en que las autoridades de esta Capital, como las de toda la República se convenserán en que los pueblos hay gamonales que solos hancian y envidian todo para ellos y á la sombra de la Justicia abusan de la inocencia de los naturales vecinos de esos Distritos.

No despresiar mis consejos y os pasareís vuestra vida tranquila unirse y ayudarse unos á otros en sus trabajos y no permitir tocar nada ageno lo que no queraís para tí no toqueis de nuestro vecino ni una aguja sin consentimiento de su propio dueño.

Confiado Señores mios, en que udes aceptarán mi indicación, como fiel amigo, y en esto conoserán mi buena voluntad con que los estimo y aprecio; por tanto tengo el honor de dirijirme a udes por medio de la presente, a fin de hacerles conocer vuestros deberes y salvar yo mi responsabilidad en todo caso. Soy de udes muy atto S.S.

(fdo) Victoriano Lorenzo.



## *Memorial de Sofanor Moré solicitando que no le pusieran grilletes a Victoriano Lorenzo*

A Su Señoría el gobernador del —ptto.

Pte.

Señor:

En la tarde del día de ayer, cuando me disponía á llevar á una de las imprentas de la ciudad el original que os acompaño, me apercibí de la noticia que á modo de público rumor y de extrañeza —por lo inesperado y doloroso circulaba por plazas y calles, asegurando que al señor Victoriano Lorenzo, se le habían puesto nuevamente las cadenas y el grillete conque se asegura á los criminales empedernidos, ó á los que, por sus antecedentes y su mala conducta, en los establecimientos de castigo, se hacen acreedores á severas correcciones y á medidas extremas.

La insistencia de la noticia, acompañada de apreciaciones y comentarios, ya que nadie ha podido explicase el por qué tan rigurosas medidas, obligan mi interés y solicitud, en el sentido de hacerme intérprete del sentimiento público, para dirigirme á Usía, en quien todos reconocemos criterio reflexivo y sereno, y acendrado amor á la justicia, á efecto de que, si no hay motivos especiales para ello, cese tan dolorosa situación, para quien espera con resignación de mártir que se le juzgue; es decir, que se le venza y se le convenza de las culpas, de los delitos ó de los crímenes que se le imputan.

En todos tiempos y en todas circunstancias no sé decir, si por crueldad del destino ó por las debilidades é infidencias de los hombres —hay quienes, como el Señor Victoriano Lorenzo— no obstante la humilde condición y la ingenuidad en los procederese— se hallan envueltos y comprometidos en situaciones difíciles, de las cuales pueden salvarse haciendo uso de los derechos que la Constitución y las leyes les otorgan, é invocando las prescripciones de la Moral, cuyo cumplimiento es ineludible, en Sociedades como la nuestra, que aun no han sido tocada de imbecilidad y de servilismo.

Para el asunto de que me ocupo, y que estimo solamente como un incidente, aunque déplorable, de poca relativa significación en la tramitación del proceso, quiero, deliberadamente, hacer abstracción de lo que dice el Convenio celebrado en Noviembre último, y que puso fin á los horrores de la guerra. Porque sé de —modo que no deja duda alguna— que el sindicato, señor Lorenzo, quiere que se hagan, sin excusas, sin reservas y sin atemoraciones, todas las diligencias de investigación; que se depuren los hechos; que se vaya tan lejos como se pueda y se quiera ir, en busca de la verdad, en la íntima convicción de que no ha delinquido —voluntaria y